


# EL DIABOLICO DOCTOR ZAROFF

ADA CORETTI

[image]




ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

193 — Algo horrible en la ciénaga, *Clark Carrados*.
194 — El otro lado del infierno, *Silver Kane*.
195 — Pacto…, ¡después de morir!, *Curtis Garland*.
196 — La fábrica de cadáveres, *Clark Carrados*.
197 — Cita con los espíritus, *Burton Hare*.

**ADA CORETTI**

# EL DIABOLICO DOCTOR ZAROFF

**Colección**

**SELECCION TERROR n.° 198**

Publicación semanal


EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA — BOGOTA — BUENOS AIRES — CARACAS — MEXICO

ISBN 54-02-025064
Depósito legal: B. 40.157 - 1976
Impreso en España — Printed in Spain
1ª edición: diciembre. 1976

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, *2.*Barcelona (España)

**Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, *S. A.***
Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona —1976

## CAPITULO PRIMERO

La muchacha se había dormido apoyada en el tronco de un árbol, junto al plácido lago, no lejos del tupido bosque, muy cerca de la carretera donde un rato antes había dejado detenido su pequeño coche deportivo.

De pronto se oyó una carcajada...

La muchacha se despertó, asustadísima.

Porque la potencia y sonoridad de aquella carcajada había sido algo descomunal, increíble, desorbitado. Había abarcado cielo y tierra.

«He debido sufrir una pesadilla —se dijo para sí—. Nadie puede reírse de este modo...

Sólo un gigante podría hacerlo así, y los gigantes no existen...»

Se levantó. Aquel incidente había acabado con el relax que había buscado junto a aquella superficie de agua, lisa, inmóvil, muy azul, que sólo sugería ideas hermosas.

Pero bien mirado, mejor que estuviera ya dispuesta a reemprender la marcha. El cielo se había encapotado el día declinaba muy de prisa. Sí, muy aprisa, como ansioso de ser tragado por la noche. Además, empezaba a hacer frío.

Sin embargo, aún no había dado ni media docena le pasos, cuando la muchacha quedó envarada, sin dar cabida dentro de sí misma a su inmenso asombro.

Sobre la tierra veía las huellas de unos pies desnudos. Unas huellas que se dirigían hacia el interior del bosque.

Pero lo verdaderamente insólito, alarmante, sobrecogedor, era la medida de esas huellas... Tendrían un metro de largas, como mínimo, y su correspondiente anchura.

La muchacha quedó clavada en aquel sitio, sin poder tragar la saliva. Luego, poco a poco, se atrevió a levantar la mirada y a dirigirla a su alrededor.

No vio a nadie. Ni nada de particular. Todo parecía absolutamente normal.

Pero aquellas huellas eran completamente anormales. Como anormal había sido antes aquella incomprensible y estruendosa carcajada.

Pensó que lo mejor que podía hacer era largarse de allí, y todo lo de prisa que pudiera, por si acaso.

A unos veinte metros había dejado su coche. Se pondría al volante, le daría al acelerador, y en menos de un minuto podría estar ya alejada de aquella zona. En menos de diez, podía estar ya en Hopper-Foile, la localidad a la que se dirigía para hacer una entrevista a Maureen Curtis, la bailarina que se había retirado de los escenarios

estando en lo mejor de su carrera artística.

Pero al llegar junto a la carretera, la muchacha dio un terrible respingo, quedándose con los ojos muy abiertos, desorbitados. No pudo ciertamente sentir una alarma mayor.

Su coche no estaba allí.

Miró carretera adelante y lo vio, entonces sí, a unos seiscientos metros aproximadamente de donde lo dejara.

Si la llave de contacto no estaba puesta, si la llevaba en el bolso, ¿cómo era posible que alguien, quien fuera, hubiera podido trasladarlo...?

Sus dientes empezaron a dar unos contra otros. Se puso a temblar todo su cuerpo. No podía evitarlo, tenía que relacionar tal hecho con aquellas huellas descomunales y con aquella potente y desorbitada carcajada

No supo, de momento, si dirigirse hacia el coche o si huir en dirección contraria. Se sentía tan alterada, tan asustada, que no coordinaba las ideas.

De pronto, oyó un grito... Un grito que rasgó siniestramente las primeras sombras de la noche. Sombras aún tenues, vacilantes, imprecisas.

Al poco, una joven pelirroja apareció ante sus ojos. Iba corriendo desaforadamente, como si se hubiera vuelto loca, o como si el miedo se le hubiera desbordado dentro.

De súbito, la joven pelirroja se detuvo, miró hacia lo alto y lanzó un nuevo grito, más bien un alarido. Al parecer había visto algo espantoso, demencial.

La muchacha no pudo saber qué era aquello... No, no pudo saber lo que- la joven pelirroja había visto. La joven pelirroja miraba hacia unos árboles altísimos, cuyo exuberante follaje taponaba a quien, o quienes, pudieran hallarse allí. Además, la noche avanzaba de prisa, muy de prisa, devorando casi con frenesí a las últimas claridades del día, y cada vez resultaba más difícil, desde donde ella se hallaba, vislumbrar nada en concreto.

De todos modos, la muchacha vio perfectamente la pierna que surgió de entre los árboles. Una pierna enorme, descomunal... Sólo podía corresponder a un auténtico gigante... ¡Tenía varios metros de largura y una anchura enorme, y una fuerza, sin duda, demoníaca!

Esa pierna impidió que la joven pelirroja prosiguiera su precipitada carrera. Esto lo primero. Luego levantó el pie, de uñas muy crecidas, tan curvadas que casi parecían garras, y de un pequeño golpe la derribó. Ciertamente no hizo falta más. Seguidamente colocó la planta del pie encima del pobre cuerpo que gemía y jadeaba de puro pánico, y pisó fuerte, con todo el peso de su cuerpo.

Bastó y sobró, por descontado, para que la infeliz quedara

materialmente chafada.

Hasta la muchacha llegó el ruido de los huesos, al romperse, al hacerse añicos.

En aquel momento, ya se había hecho visible el cuerpo del gigante... ¡Porque era un auténtico gigante por su estatura, aunque un verdadero monstruo por sus características!

Tenía el cráneo pelado, y su cuerpo se hallaba cubierto de un pelo espeso, tupido, como si se tratara de un oso, o de una bestia similar. Los ojos le sobresalían tanto, que casi parecían hallarse fuera de sus órbitas. Los incisivos asomaban amenazadoramente por entre los labios.

La muchacha se llevó las manos a la boca, para silenciar todo su espanto, todo su horror. Sabía el peligro que corría si su presencia llegaba a ser notada, por aquel ser...

Instantes después, echaba a correr en dirección contraria. Había que alejarse de aquel endemoniado lugar.

Y fue así como se internó en el bosque.

Y fue así como fue a parar, no mucho después, a un claro del mismo. Donde vio una casa en construcción, de la que, no obstante, sólo se hallaban hechos los cimientos y alzada una de sus paredes. Faltaban las otras tres, y el techo. De todos modos, allí cerca estaban amontonadas las piedras, las vigas y demás material dedicado a su edificación.

Sobre todo habían piedras, muy grandes, que sin duda necesitarían muchos obreros para ser trasladadas de un sitio a otro y ser colocadas en su debido lugar. Pero se trataría del capricho de algún rico vecino de Hopper-Foile y el hecho en sí no revestía mayor importancia.

Lo que tenía importancia para la muchacha era seguir huyendo. Y es lo que hizo, hasta que, de pronto, oyó que llegaba a sus oídos una música dulcísima.. Una música de violín...

Como atraída por un imán, la muchacha se dirigió hacia allí. Y pronto vio, desde luego, de dónde procedía aquella dulce y cautivadora música. De un pequeño chalet, que levantaba discretamente su silueta junto a un arroyuelo, cuyo murmullo, ante el silencio de la noche, parecía hacerse más ruidoso.

La muchacha se precipitó sobre la puerta, y se puso a dar golpes de puño.

—¡Abran! ¡Abran!

—¡Ya voy! ¡Ya voy! —exclamó una voz de hombre—. ¡Vaya manera delicada de llamar!

Así que la puerta se abrió, la muchacha se puso a sollozar. Era una chica decidida, que no se acobardaba por tonterías, pero lo que había visto sobrepasaba su capacidad de resistencia, de valentía, y ya no podía más.

No obstante, y pese a que la situación no era muy idónea para reparar en detalles superfluos, la muchacha, mujer al fin, no pudo menos de fijarse en cómo era el joven que acababa de franquearle la puerta del chalet. Era todo un tipo, de esos que hacen suspirar a las mujeres. Un metro ochenta, o poco le faltaba, anchas espaldas, mirada resuelta, frente despejada, y dos manos fuertes, enérgicas, que parecía mentira que fueran capaces de tocar de aquel modo el violín.

Y sí, era él quien lo tocaba. Le había abierto la puerta con el violín en la mano.

—¿Qué sucede...? —le increpó el joven. Y añadió—: No me gusta como ha llamado.

—Es que... —tartamudeó ella.

Pero él, hombre al fin, se fijó en seguida en cómo era la muchacha, joven, rubia, preciosa, y suavizó su tono y su expresión, esbozando una sonrisa.

—Pase usted...

—¡Oh, le ruego que me perdone! —la muchacha había comprendido que tenía que disculparse—. No he debido sobresaltarle así... ¡Pero ha sido tan horrible, tan espantoso!

¡No comprendo cómo no he muerto del susto, del miedo!

—¿Sí...? —inquirió él, un poco desconcertado.

—Imagínese, lo que menos podía esperarme era eso —hablaba nerviosa, excitadamente—. ¿Acaso una puede a estas alturas, en pleno siglo veinte, creer en gigantes?

—¿Ha dicho gigantes? —preguntó el joven torciendo el gesto.

Se dijo que sería una pena que una chica como aquélla pudiera estar mal de la cabeza.

¡Con lo bien que estaba de todo lo demás!

* * *

—Bueno, puntualicemos —dijo el joven, después de escuchar la precipitada explicación de ella—. Usted ha visto un gigante, un monstruo, no lejos de aquí, cerca de la carretera.

—Sí —afirmó ella—. Eso mismo.

—Bien, bien... —Y sin más—: Será mejor que le sirva un whisky y que le ofrezca un cigarrillo. Se pondrá más a tono.

—No me ha creído, ¿verdad? —puso el gesto compungido—. Me lo veía venir. No, no le censuro por ello. Me hago cargo de lo lógico de su incredulidad.

—Me llamo David... David Dillman —dijo él—, ¿Y usted?

—Raquel Jansen —respondió.

—Acérquese a la chimenea —y atizó el fuego, que estaba ya medio apagado, añadiéndole a continuación un grueso tronco—. Puesto, que

por lo visto vamos a tener que hablar largo y tendido, será mejor que el ambiente esté acogedor, ¿no le parece?

—Sí, claro —asintió ella, y tomó asiento en uno de los dos sillones situados frente a la lumbre.

Allí le llevó David Dillman el whisky y acto seguido le tendió y encendió el cigarrillo ofrecido instantes antes. Mientras le acercaba la llamita, echó una atrevida mirada a sus bonitas piernas, no pudiendo contener un silbido de admiración.

—Si hubiera visto a ese gigante, a ese monstruo, no estaría para estas cosas... —le reprochó ella.

—¿Usted cree? Yo no lo veo tan claro. —Y bromeando—: Yo para estas cosas estoy siempre.

—Gracias por el whisky, me hacía falta —reconoció tras haberlo apurado en tres o cuatro sorbitos—. Y gracias también por el cigarrillo... Ya me encuentro mucho mejor.

—No le ofrezco otro, me refiero al whisky —le hizo saber—, porque quiero que me repita, con la cabeza fresca, toda esa sarta de disparates que me ha dicho antes...

—No son disparates —le aseguró—. Es la pura verdad. No he añadido ni una coma.

Poco después, la muchacha se lo había repetido todo. Pero la narración no varió nada.

En absoluto.

—Pero todo esto que me cuenta —terminó diciendo David— no tiene ni pies ni cabeza, ¿es que no lo comprende? Es un absurdo. No se lo creería ni el más idiota...

—Mire, señor Dillman —puntualizó ella—, yo soy periodista. Según mi jefe y director, una de sus más eficientes y eficaces periodistas. De lo que se desprende que soy una chica que valgo lo mío...

—Esto no lo pongo en duda —aseguró David, mirándola de arriba abajo, deleitándose en la contemplación de su bien formada anatomía.

—No me estoy refiriendo a mis posibles encantos —aclaró la muchacha—, sino a que estoy lejos de ser la tonta o alucinada que usted parece suponer. Porque para imaginarse todo eso, tendría que ser una alucinada o una tonta, o algo por el estilo. Por el contrario, sépalo —puntualizó—, todos me tienen por muy inteligente. Saben que tengo una menta muy clara, muy lúcida...

—Lo dice tan segura, que empieza a convencerme.

—¿De qué? ¿De que, realmente, he visto a un gigante, a un monstruo?

—Bueno —carraspeó David—, tanto como de eso..

—¡Pues lo he visto! —aseguró ella—. Y ha matado a la joven pelirroja, aplastándola bajo la planta de su pie.

—Tengo una idea —sugirió.

—¿Cuál? —preguntó ella.

—Usted quiere convencerme de que tiene razón, ¿no es eso?

—Claro.

—Pues la solución es sencilla. Salimos de aquí, subimos a mi coche y nos dirigimos al lugar del suceso… Cuando vea a la joven pelirroja aplastada, con todos sus huesos hecho añicos como usted me ha contado…

—¡Pero si vamos podemos encontrarnos al gigante, al monstruo! —se asustó, interrumpiéndole—. Sería una locura arriesgarse…

—No tiene que temer nada —dijo David Dillman, con tono pedante —. Si va conmigo, irá segura.

—Ante un gigante, ante un monstruo como aquél, ¿qué supone que podría hacer usted, por mucha pose que ahora se esté dando? Nada. Esta es la respuesta.

—Despacio, preciosa, despacio… Sepa que soy un hombre que no me he achicado nunca ante nadie.

—¡Pero le estoy hablando de un gigante, de un monstruo! ¿Es que no se da cuenta de que…? —Y sin terminar la frase—: Además, usted es sólo un violinista… No creo que esté acostumbrado a vérselas en situaciones escabrosas… Los artistas, ya se sabe…

—Deduce erróneamente —repuso David—. Yo no soy un artista, ni muchísimo menos, aunque me haya oído tocar ese trasto… —y señaló el violín, que con anterioridad lo había dejado colocado dentro de su estuche.

—¿Trasto? —Raquel había parpadeado.

—Sí, eso he dicho.

—¡Qué modo más improcedente de expresarse! Con franqueza, aún peor que mi modo de llamar a esta casa.

—Si quiere saber exactamente cómo y quién soy en realidad, puedo contarle mi vida en menos de dos minutos.

—Vale —se limitó a decir ella.

—De pequeño murieron mis padres y fui amparado por mi madrina, una buena mujer que estaba viuda desde muy joven. Su marido había sido violinista y ella cifró todas sus esperanzas en que yo también lo fuera.

Así que, ahorró lo preciso para pagarme los estudios y para que, una vez ya mayor, marchara a Nueva York dispuesto a conquistar la fama.

—¿Y qué sucedió? —preguntó Raquel.

—Sucedió que en Nueva York me hice guardaespaldas de un hombre de negocios, un medio gángster, y que desde entonces he vivido con la pistola metida en la funda, bajo el sobaco. No siempre la he dejado en su sitio, me he visto obligado a sacarla… Pero, vamos, lo que más he sacado a relucir han sido mis puños —los levantó,

enseñándoselos a la muchacha—. Tienen una pegada impresionante... En fin, tras diez años de servir fielmente a mi patrón, puedo considerarme rico. Ahora voy a abrir una agencia de seguros. Me he labrado ya un porvenir.

—¿Y el violín? —inquirió la muchacha.

—Mi madrina cree que he triunfado. Ha sido fácil engañarla, en las cartas uno puede contar las mentiras que se le ocurran. ¡Oh!, no me interprete mal, pero, compréndame, hubiera sufrido mucho de saber la verdad, así que preferí mentirle piadosamente. Pero ahora está muy enferma —agregó— y desea que vaya a su lado. Lo sé, querrá que me siente junto a ella, a la cabecera de la cama, y que interprete varias piezas... Y claro, ahora no me está tocando otro remedio que prepararme para la prueba. Tengo que pasarla con éxito.

—Comprendo.

—Con tal propósito, para aislarme debidamente de lo que hasta ahora ha sido mi mundo, he alquilado este chalet. Y no saldré de aquí hasta que me sepa dos o tres piezas casi a la perfección.

—A mí me ha parecido que lo hacía muy bien.

—Gracias.

—Pero, bueno —repuso la muchacha—, nos hemos apartado del tema principal, ¿no cree?

—No —negó él—. Ahora ya sabe que estoy acostumbrado a no temer a nadie. Así pues, ¿por qué había de temer a un gigante, a un monstruo? —pero, por descontado, seguía tomándose el tema a la ligera.

* * *

Faltaba poco para llegar junto al lago de aguas lisas, inmóviles, muy azules, que sólo sugería ideas hermosas, cuando empezó a llover con bastante intensidad.

—¡Qué rabia! —exclamó Raquel.

—¿Qué le pasa? —preguntó él.

—La lluvia borrará las huellas y no podré demostrarle que le he dicho la verdad.

—Encontraremos el cuerpo de la joven pelirroja, la lluvia no lo hará desaparecer, por eso no se intranquilice.

—Lo que más me intranquiliza, es pensar que el gigante, el monstruo, puede aparecer de nuevo. Sin duda debe seguir merodeando por aquí. De suceder eso, ya puede darle al acelerador sin pensárselo dos veces.

—Descuide, no me dejaré alcanzar.

—Levanta una ceja como si esto lo estuviera tomando a broma.

—¡Oh, no! —aseguró—. No haga caso de mi ceja. Es una

costumbre.

Al llegar al lugar en que el gigante, el monstruo, dio muerte a la joven pelirroja, allí todo estaba normal. No había ni rastro de aquel cuerpo que había quedado materialmente aplastado contra el asfalto de la carretera, Raquel Jansen arrugó el entrecejo altamente contrariada.

—Nada —murmuró.

—Ya lo veo —dijo David, que instantes antes había enfocado con los faros de su coche el lugar exacto.

—Ni siquiera veo ahora mi coche —repuso ella.

Quiso apearse, para asegurarse de que no estaba.

Dado que la lluvia había ido amainando, era el momento oportuno de investigar.

Finalmente encontró el coche, aunque para el caso era como si no hubiera dado con él. Sé hallaba en el fondo de un barranco, hecho pura chatarra.

—No se preocupe, yo la llevaré a Hopper-Foile —se ofreció David —. Estoy a su entera disposición para cuanto guste mandar.

—Es usted muy amable.

—En fin, no puede demostrarme nada —resumió el joven—. La lluvia ha borrado las huellas y el cuerpo de la pelirroja ha desaparecido…

—¿Y mi coche? —preguntó ella—, ¿Lo de mi coche no le dice nada? Seguro qué ha sido el gigante quien lo ha tirado por el barranco… Claro, no puede haberle costado mucho… Para él habrá sido como un saco de patatas para nosotros…

De nuevo empezó a llover más intensamente, y decidieron regresar al coche. En su interior se verían protegidos de las inclemencias del tiempo.

—Acepto su ofrecimiento —dijo ella, tras dar un suspiro de resignación—. Si es tan amable de llevarme a Hopper-Foile… —Y acto seguido—: ¿Qué tal es esa pequeña localidad?

—Apenas la he visto.

Para acortar distancias, David Dillman decidió internarse por el camino vecinal que atravesaba la parte norte del bosque. Así llegarían en mucho menos tiempo.

De pronto, Raquel exclamó:

—¡Pare!

David obedeció. El siempre era muy complaciente con las mujeres. Le salía de dentro serlo.

—¿Qué le sucede? —preguntó—. Ya he parado.

—Fíjese en ese claro del bosque —la expresión de la muchacha era de auténtico pasmo—. Enfoque hacia allí los focos, por favor…

—Hecho —dijo David, tras hacer lo que ella le había indicado—.

No veo nada de particular.

—¿No ve una casa de piedra? —preguntó.

—Sí.

—¿Una casa «enteramente» construida?

—Sí... Pero, bueno, ¿por qué ha recalcado tanto eso de «enteramente»? Que una casa esté concluida, no creo que tenga nada de extraordinario.

—Lo tiene —observó— si apenas hace unas horas, cuando yo he pasado por aquí, estaba aún en sus inicios...

—¿Qué dice?

—Que cuando la he visto hará unas horas, sólo tenía construidos los cimientos, y una de sus paredes. Faltaban las otras tres, y el techo.

—Eso no es posible.

—Se lo aseguro.

—Supongo que no irá a decirme que ha sido el gigante, el monstruo, quien ha estado trabajando de lo lindo...

—¿Quién si no podía hacer tanto trabajo en tan poco tiempo?

—Y ha quedado bonita. Allí dentro debe sonar bien el violín.

—No me gusta su sentido del humor. Bueno, vayámonos de aquí cuanto antes. Todo esto me desagrada cada vez más.

Ya en la pequeña localidad de Hopper-Foile, en su calle principal, frente a su único y casi diminuto hotel, se despidieron.

—Muchas gracias por todo, señor Dillman.

—Espero volver a verla, señorita Jansen. Yo siempre espero eso cuando conozco a una chica guapa. Más aún —agregó— cuando me quedo con las ganas de besarla.

—Buenas noches —sonrió ella.

# CAPITULO II

Ya en el interior del hotel, se acercó a recepción y solicitó una habitación. Tras firmar en el libro de registro, hizo saber:

—Vengo sin equipaje.

—Bien, señorita Jansen —asintió, no sin cierta extrañeza, el dueño del hotel, que era quien le estaba atendiendo personalmente.

Ya en la habitación, que no estaba mal, pero que tampoco tenía nada de particular, Raquel se dijo que aquel día había sido un día de muchas emociones. Muchas más, por descontado, de las que podía esperarse cuando se sentó cerca del lago, apoyada en el tronco de aquel árbol, deseando disfrutar de unos minutos de sosiego.

Lo mejor de aquel día, David Dillman. Le había gustado conocerle. Tenía una fuerte personalidad.

Un rato después, bajó a cenar. No tenía apetito, pero comer algo le convenía, sin duda le sentaría bien. Le estaba haciendo falta recuperar fuerzas.

Encontró muy alterada a la camarera, y a una mujer gruesa que debía ser la que se encargaba de la cocina. Supuso que algo muy grave había sucedido.

Preguntó de qué se trataba. Entonces se le acercó el dueño del establecimiento, dispuesto a explicárselo todo.

—Han asesinado a Anne.

—¿Quién era...?

—Una joven pelirroja.

Raquel no pudo disimular el salto que dio en la silla.

—¡Ah! —exclamó, y quedó a la espera de que el propietario del hotel prosiguiera con su explicación.

Este se llamaba Michael Andersson y era viudo, sin hijos. Era un hombre ya algo mayor, de buen aspecto, a quien al parecer eso de hablar le caía muy bien. Tenía el cabello blanco y el bigote negro. Se comprendía, claro, que se lo teñía.

—Anne era la novia del señor Presley... Jack Presley, el hombre más rico de esta pequeña localidad. Medio Hopper-Foile es suyo. Creo que iban a casarse pronto.

—¿Quién la ha matado? —preguntó Raquel.

Deseaba saber lo que se decía. Aunque ella, en realidad, no necesitaba aclaraciones en ese sentido.

—No se ha conseguido averiguar nada —dijo Michael Andersson—. Un gran misterio rodea esa muerte.

—¿Qué tal persona es el señor Jack Presley? —preguntó la muchacha.

Veía al dueño del hotel propenso a las confidencias, así que no

quiso perderse la oportunidad de seguir en la brecha.

—Un poco vanidoso, ya se sabe, los ricos... Pero no es mala perdona, en absoluto. Y siempre ha sido muy buen hijo... La prueba, que su madre no quería que se casara, y él, hasta que su madre no murió, ni hablar de novia... En fin, no ha tenido mucha suerte con la primera que ha elegido...

Se interrumpió, al ver que entraba en el vestíbulo del hotel una mujer aún joven, de unos treinta y cinco años, bastante alta, de cabello castaño, corto, vestida con mucha sencillez, aunque a la vez con una suave y refinada elegancia.

—Es Nancy, la maestra —dijo el dueño del hotel—. El colegio está a dos manzanas de aquí.

La aludida se dirigió rectamente hacia él, que a su vez se había alejado de la mesa de Raquel Jansen para ir a su encuentro.

—Señor Andersson...

—Dígame, Nancy —la saludó con simpatía.

—Venía a decirle algo... No sé, pero creo que es mi obligación decírselo a alguien...

Como con usted tengo mucha confianza... —pero se le veía indecisa, vacilante.

—¿De qué se trata?

—Ayer estuve hablando con la pobre Anne. Me dijo que no estaba segura de que quisiera casarse con Jack Presley, y parecía asustada de tener que decírselo al interesado... Por favor, no interprete erróneamente mis palabras, no quiero decir con esto, ni mucho menos, que sospeche del señor Jack Presley... Nada tan lejos de mi intención... Pero tal vez esas dudas de Anne puedan ser la clave... No sé, no sé exactamente adónde quiero ir a parar... De todos modos, tenía que decírselo a alguien...

Sí, tenía que...

—Podría dirigirse a la policía —le propuso—. Sería lo más oportuno, ¿no cree?

—Pero lo que hablé con Anne —repuso Nancy—, tal como se lo he dicho a usted, parece sugerir la idea de que el señor Jack Presley sea culpable de algo, ¿verdad? Y me consta que es completamente inocente... Comprenda, pues, que yo no desee meterle en ningún lío... Y de decir eso a la policía...

—Sí, claro —asintió Michael Andersson—. La comprendo.

—Sólo he querido decírselo a usted, por si se le ocurre alguna buena salida, algo que, sin comprometer a nadie...

—¿Qué opina usted, Nancy, de esa muerte?

—Desconcertante —respondió.

Se alejaron mientras seguían hablando, y Raquel Jansen se quedó sin poder oír más. Lo lamentó sinceramente. Todo aquello la tenía ya

sobre ascuas.

De todos modos, no tardó en decirse que lo mejor que podía hacer, así que pudiera, sería entrevistar a Maureen Curtis, y hecho esto marcharse de la localidad lo antes posible. Allí no iba a ganar nada.

Por eso, al día siguiente, así que desayunó, se dirigió hacia la casa de Maureen Curtis.

Era una de las casas más bonitas de la calle principal.

Estiró la cadena de llamada, y tras oírse un tintineo muy musical, vio como la puerta se abría. La propia interesada la recibió en el umbral de la puerta. Supo que era ella porque la conocía por fotografías.

Era de mediana estatura, frágil, de ojos muy azules y cabellos de color cobrizo, muy lisos y brillantes. No tendría más de veintiocho años. Su sonrisa era fácil, agradable, e inducía a mirarla con simpatía.

—Dígame.

—Soy Raquel Jansen, periodista. Desearía, si usted no tuviera inconveniente en ello, hacer una interviú a la que fue famosa bailarina…

—Adelante.

La recibió con suma amabilidad, haciéndole pasar a una estancia muy acogedora, con un gran ventanal orientado hacia la calle principal. Desde allí se veía pasar a los que iban y a los que venían. A todo el mundo.

—Una de mis mayores alegrías —le hizo saber— es mirar a través de estos cristales, y ver salir a mi hija del colegio, y verla venir corriendo hacia aquí.

Era una manera como otra de empezar a sincerarse.

—No sabía que tuviera una hija —reconoció Raquel.

—Es preciosa. Es la alegría de mi vida —dijo la ex bailarina—. Desde que él me abandonó… —pero se interrumpió—. Ese es el señor Jack Presley —le notificó, indicándole al hombre alto, rubio, un poco pecoso, de estatura normal, que acababa de pasar frente al ventanal—. Quiso casarse conmigo, se me declaró hará unos pocos meses, al morir su madre… Era una mujer muy autoritaria, que apenas le dejaba moverse sin su consentimiento… El la obedecía, no quería contrariarla, sabía que estaba muy enferma del corazón…

Bueno, como le decía, el señor Jack Presley quiso casarse conmigo… Yo le dije que no…

Me alegro de haberlo hecho así… Su novia, la que ocupó el lugar que pude ocupar yo, ha tenido una muerte horrible…

—¿Asesinada? —preguntó Raquel, haciéndose la distraída.

—Sí. Pero asesinada de un modo extraño, que no termina de comprenderse.

—¿Cómo fue…? —indagó de nuevo.

—Murió aplastada, totalmente aplastada. Como si una piedra enorme le hubiera caído encima.

—Sí que es extraño...

—Ese es Leo Watson —le indicó de nuevo, esta vez refiriéndose a un sujeto de un metro sesenta y pico, o poco más, gordo, que acababa de detenerse junto a los cristales del ventanal, haciéndole un respetuoso saludo—. Es el farmacéutico. La farmacia — añadió— está junto a la escuela. Es un buen hombre... —Y comentó seguidamente—:

Lástima que su esposa sea una mujer tan agria, tan áspera. Con una mujer así, supongo que ningún hombre puede ser feliz.

Estuvieron conversando durante bastante rato, aunque sin tocar directamente el tema que a Raquel Jansen le había llevado hasta allí. Hasta que Maureen Curtis, de pronto, se quedó mirando a la joven periodista y le dijo:

—Estoy arruinada. Necesito dinero. Si quiere que venda a su periódico la historia de mi vida y el secreto del porqué me retiré como bailarina en lo mejor de mi carrera artística, estoy dispuesta a hacerlo.

—Es más de lo que podía esperar... —confesó la muchacha—. ¿Cuánto pide?

Se lo dijo.

—Es una cifra razonable —convino Raquel.

—Consulte con su director.

—Lo haré, y así que sepa algo en concreto vendré a comunicárselo.

—Quedo a la espera de sus noticias.

Cuando ya salía de aquella casa, Raquel Jansen, de pronto, se dio una palmada en la frente. Acababa de recordar algo importantísimo. ¡Cómo no lo había recordado antes!

Pero ese recuerdo no se refería a nada relacionado con la ex bailarina Maureen Curtis.

Ni se refería, por tanto, al trabajo que a ella le había llevado a aquella localidad.

—Necesito que David Dillman me ayude —murmuró.

# CAPITULO III

Para llegar al pequeño chalet, alquiló una bicicleta. Hubiera preferido hacer el recorrido de un modo más cómodo, pero sabía que tenía que olvidarse de su coche. No volvería a funcionar.

Una vez junto a la puerta, pulsó el timbre con toda delicadeza. No quería causar mala impresión por segunda vez.

Cuando David Dillman le abrió la puerta, ella le saludó con la mayor naturalidad.

—Hola.

—¡Qué coincidencia! —exclamó él—. Estaba pensando en ir a verla y viene usted...

—¿De veras estaba pensando en eso? —preguntó—. Me halaga...

—No tanto como halagado he quedado yo con su presencia. Pase, señorita Jansen. A propósito —terció—, podemos tutearnos, ¿no te parece?

—Claro —sonrió ella, mientras se introducía en la casa—. Qué, ¿cómo va ese violín?

—No tan bien como quisiera. Tengo que apretar de firme, no me queda otro remedio...

Bueno, ¿a qué debo el honor de que hayas venido...? —la miró un poco receloso. Estaba claro, en el fondo no terminaba de fiarse de lo que ella pudiera llevarse en el magín—.

Algo buscas de mí, seguro... De lo contrario no estarías aquí...

—Busco tu ayuda, David —y pronunció melosamente su nombre de pila, para ablandarle.

—Ejem..., ejem... —tosió él—, que te veo sacar demasiadas armas...

—Sólo te tengo a ti —le dijo la muchacha—, y, compréndelo, no puedo dejar pasar de largo esta oportunidad. Si llegara a descubrir toda la verdad...

—¿De qué verdad me estás hablando?

—He venido a esta localidad para entrevistar a una famosa ex bailarina, a hacerle una interviú. Pero resulta que ella está dispuesta a algo más, a referirme toda su vida... Esto nos llevará varios días, durante los cuales tendré que seguir en Hopper-Foile, ¿comprendes? —se había ido entusiasmando conforme hablaba.

—En absoluto —contestó David.

—He querido decir que tengo ya la excusa para quedarme aquí, en esta localidad, todo el tiempo que resulte preciso. Mientras tanto, puede tal vez resultarme fácil descifrar el terrible enigma.

—¿A qué enigma te refieres?

—Al gigante, al monstruo.

—¡Y dale con lo mismo! —exclamó.

—Algo que ahora veo muy claro —aseguró ella—. Como un rayo de luz.

—¿Sí...?

—Sí. Verás, David, acabo de recordar que en cierta ocasión, al poco de ser periodista, fui a hacer una interviú a un famoso doctor... El doctor Zaroff, que acababa de disertar en una Universidad del Sur...

—¿Y bien?

—Su disertación versó sobre un tema realmente espeluznante... Aseguraba que era posible crear una sustancia que, inyectada en no sé qué vértebra de la espina dorsal, hiciera que un individuo creciera de tres a cuatro veces su estatura normal, o incluso más, mucho más... Que era posible, pues, crear gigantes...

—No me digas —David Dillman chasqueó la lengua.

—Recuerdo —prosiguió Raquel Jansen— que ese doctor, cuando conversó conmigo, me dijo que seguía trabajando afanosamente en su invento y que esperaba llegar a triunfar. Seguro que lo conseguiría, si algún día podía retirarse a estudiar a alguna pequeña localidad, un lugar tranquilo, sosegado, algo así como Hopper-Foile... ¿Te das cuenta, David, de la coincidencia?

—Sí —David se limitó a asentir.

—En un lugar así, me dijo el doctor Zaroff que podría centrar más sus ideas y dar más rienda suelta a su talento... «Imagínese —añadió— un pueblo de gigantes guiados por una voluntad ajena... Porque a esos seres sería fácil dominarles, hacerles actuar a placer, inducirles a lo que fuera... Esos seres serían tan fuertes de cuerpo como débiles de mente...»

—¿Qué más te dijo? —preguntó David, aunque con tono de circunstancias.

—Más o menos, esto fue todo. —Y con énfasis—: ¿Te parece poco, David?

—Me parece, sencillamente, que ese tal doctor Zaroff estaba como para encerrarle.

—Sí, en efecto —asintió Raquel—, ése fue su final. Dicen que le dio un ataque de locura y que le ingresaron poco después en una clínica psiquiátrica.

—Siendo así, ¿adónde has pretendido llegar con toda esta explicación? Ahora sí que no entiendo nada.

—Falta la segunda parte —aclaró ella.

—¿De veras?

—Sí.

—Suéltala...

—Apenas le metieron en la clínica psiquiátrica, se escapó de allí. Y ya nunca más se ha vuelto a saber de él. Igual que si la tierra se lo hubiera tragado.

—Y bien, Raquel... ¿Qué deduces en definitiva? Que yo lo sepa, para decirte si estás tan loca como ese doctor o si lo estás aún un poquito más.

—Muy gracioso...

—Bueno, aclárate, preciosa.

—Es sencillo. El doctor Zaroff recobró la libertad y se vino a Hopper-Foile, tal como soñaba hacerlo. Desde entonces habrá estado trabajando en su invento. Finalmente habrá conseguido lo que se proponía y ese gigante, ese monstruo que yo vi, es ya su obra diabólica...

—Por imaginación no te quedas, Raquel...

—¡Pero si todo encaja perfectamente! —exclamó.

—Para empezar a encajar —dijo David—, yo tendría que empezar por creerme lo de las huellas que viste...

—¡Ah, vamos, ni eso te has creído! —protestó.

—Con franqueza, yo... —Pero queriendo tocar el otro tema de la cuestión—: Pero bueno, ¿no estabas tan asustada? Y ahora pretendes seguir adelante... ¿En qué quedamos?

—Se me ha pasado el susto —reconoció la muchacha—. Quizá, porque pienso en lo que me pagaría el director del periódico si le fuera con un reportaje de tanta categoría...

—En fin, concretando, ¿a qué has venido aquí? ¿Qué clase de ayuda me quieres pedir?

—¡Qué pregunta! ¿No has sido guardaespaldas de un semigángster durante diez años?

Pues te pido que lo seas mío durante diez días... Sólo así —reconoció— me sentiré mucho más tranquila.

—Con una pistola bajo el sobaco siempre me he sentido muy seguro de mí mismo, pero...

—Y con tus puños —le recordó ella—, que tienen una pegada impresionante.

—Sí, eso, mi pistola y mis puños —repuso David—. ¿Pero quieres hacerme el favor de decirme, Raquel, de qué me iban a servir ambas cosas si de verdad tuviera que enfrentarme con ese gigante, con ese monstruo? Así que vale más que te busques otro guardaespaldas... Además —rezongó, con ganas de acabar el asunto—, yo de toda esa historia sólo me he creído lo bonita que tú eres.

De pronto se oyó una terrible carcajada...

Cuya potencia y sonoridad fueron tales, que pareció incluso retumbar en medio de aquellas cuatro paredes.

Fue algo, desde luego, descomunal, increíble, desorbitado. Igual que la otra vez.

—¿Qué ha sido esto...? —preguntó David, creyendo que sus tímpanos le habían gastado una pesada broma.

—El gigante, el monstruo... —murmuró Raquel, que instintivamente se protegió contra el cuerpo de él—. Debe estar cerca...

David Dillman reaccionó con rapidez. Abrió la puerta que daba al exterior y miró, a un

lado y a otro; de momento sólo vio el bosque con sus cientos y cientos de árboles, que hacían de la casa, de aquel chalet, sólo una nota minúscula e insignificante perdida entre tanto tronco y follaje.

De súbito, vieron surgir a aquel ser horrible... Con el cráneo pelado, con un cuerpo cubierto de pelo espeso, tupido, como si se tratara de una auténtica bestia. Los ojos, salientes hasta casi colgar. Los incisivos asomando amenazadoramente por entre los labios.

—No repara en nosotros —musitó Raquel.

—Afortunadamente —comentó David.

—¿Ves como tenía razón? —ella temblaba, por más que quería dárselas de valiente.

—Sí, ya veo. —Y David Dillman sentenció, decididamente—: No se hable más, Raquel.

Desde este mismo instante quedo convertido en tu guardaespaldas. Te cobraré el diez por ciento de lo que te dé tu director... O me cobraré —aún, por lo visto, le quedaban ganas de bromear— dándote un par de besos... Bueno, eso ya lo decidiré en su momento...

* * *

Más de uno se quedó boquiabierto al ver que Jack Presley, en plena calle Principal, hablaba con Margaret de aquel modo...

Aún no hacía un día de la muerte de su novia Anne, y él se dedicaba ya a galantear a otra mujer.

Esta, Margaret, rubia, alta, hija de un electricista, recibía complacida sus gentilezas y amabilidades. No cabía suponer otra cosa a juzgar por sus graciosos mohines y sus continuas sonrisas.

—El señor Presley no pierde el tiempo... —comentó Leo Watson, el farmacéutico, que le vio a través de los cristales de su establecimiento.

—Por lo visto desea casarse —amplió el comentario Michael Andersson, el dueño del hotel, que se hallaba allí comprando unas pastillas contra la presión—, y le tiene sin cuidado que la interesada sea una u otra... Claro, tantos años sujeto a las exigencias de su madre. Debe estar ansioso por tener dulce compañía...

—Eso mismo opino yo.

—Será mejor que te calles y vengas a ayudarme —intervino ásperamente la esposa del farmacéutico, una mujer seca, huesuda, de gesto sumamente agrio, que apareció por la puerta de la trastienda.

—¿A qué tengo que ayudarte? —preguntó Leo Watson.

—A consolar a tu hija. Ha venido llorando del colegio, ¿es que no te

has dado cuenta?

Dice que Dorothy le ha pegado..

Dorothy era la hija de Maureen Curtis, la ex bailarina. Era una niña preciosa, adorable, que nunca se portaba mal con nadie. Todos lo sabían. Incluso Leo Watson, el farmacéutico, que en seguida dedujo que la culpa de lo ocurrido debía ser, sin duda, de su propia hija. Su hija tenía muy mal carácter, lo mismo que su madre.

Se limitó a decir:

—Ya voy..., ya voy...

Con las pastillas en su poder, Michael Andersson salió hacia su hotel. Jack Presley seguía hablando con Margaret, la joven alta, rubia, hija de un electricista.

Al pasar junto a ellos, le oyó decir a él:

—A eso de las siete iré a buscarte en mi coche. Pasearemos juntos.

—Algo más tarde —le respondió ella—. Antes debo ir a ver a una tía mía, que es modista. Me está haciendo un vestido precioso.

—Pues a eso de las ocho u ocho y cuarto pasaré por tu casa —concretó Jack Presley.

Michael Andersson siguió adelante. El hotel estaba a pocos centenares de metros. Al pasar por el colegio, situado allí mismo, miró a través de la reja del jardín y vio a Nancy, la maestra. La saludó. Ella le respondió con una sonrisa discreta.

Mientras tanto, Margaret llegaba corriendo a su casa y le decía a su padre, llena de alegría, que Jack Presley, el hombre más rico de la localidad, le había pedido que se casara con él.

—Estaba prometido a Anne, ¿no? —masculló entre dientes el electricista.

—Pero Anne ha muerto —dijo ella.

—No tenía que habértelo pedido tan pronto... —siguió mascullando —. Tenía que haber esperado un poco de tiempo. Aunque sólo fuera por respeto a la muerta.

—Como sea —puntualizó Margaret— yo no iba a decirle que no. ¡Imagínate, papá!... — se rió alegremente—. Seré la mujer más rica de Hopper-Foile. ¡Se van a morir de envidia mis amigas!

La que iba a morir iba a ser ella...

Pero ella no lo sabía. No podía saberlo porque estaba lejos de imaginar hasta dónde llegaba el diabólico poder del doctor Zaroff.

En realidad, ni sabía quién era el doctor Zaroff. Allí, en aquella localidad, no había nadie que se llamara así.

Pero sí, iba a morir. Aceptando a Jack Presley se había condenado y sentenciado a sí misma.

Todo había de suceder, sin embargo, de una forma relativamente rápida. Claro que, cuando se viven instantes de tanto horror, de tanto espanto, los segundos se hacen eternos. Sólo ella había de saber, pues,

de todo el inacabable terror de aquellos últimos instantes de su vida.

Tuvo que adentrarse un poco en el bosque, al que llegó andando porque estaba acostumbrada a las largas caminatas. La casa de su tía se hallaba allí cerca.

De pronto oyó un ruido tras ella. Era un ruido muy extraño, porque no hubiera sabido definirlo. Nunca había oído nada semejante. Pero era, tal vez, como el jadeo de una inmunda bestia.

Sobresaltada se giró...

¡Y lo que sus ojos presenciaron, hizo que las rodillas se le doblaran! Cayó de hinojos, mientras se ponía a sudar por todos y cada uno de los poros de su piel. En pocos segundos quedó materialmente mojada por su propia transpiración.

No había para menos. Ante ella se hallaba un monstruoso gigante... ¡El ser más aterrador y espeluznante que mente alguna pudiera imaginar!

Pero aún había de aumentar el pavor de la muchacha, y eso sucedió cuando el horrendo ser, que hasta entonces permaneciera inmóvil, se adelantó hacia ella.

Fue exactamente cuando se oyó la voz que le mandaba:

—¡Mátala, Zaqui!

Margaret reconoció sobradamente aquella voz, estremeciéndose hasta el tuétano de sus huesos.

—¡Mátala, Zaqui! —exigió de nuevo la voz.

El gigante avanzó inexorablemente hacia Margaret. Sin que ella, presa de su espanto, acertara a moverse. Sentía anquilosados todos sus miembros. Igual que si se hallara paralizada.

Cuando el horripilante ser estuvo cerca, ella se sintió más pequeña que una hormiga.

Sin fuerzas y sin valor para levantarse y echar a correr.

Comprendió, entonces, cómo había muerto la pobre Anne...

Pensó que ella iba a morir de igual manera. No, no se equivocaba del todo.

Ahora, sin embargo, el monstruo adelantó su enorme pie, pero en lugar de colocarlo sobre su cuerpo y aplastarla sin más contemplaciones, lo levantó sobre su cabeza, luego lo impulsó con fuerza de arriba abajo.

Sus uñas muy crecidas, que eran como garras, le rasgaron el rostro y el cuello, dejándoselo chorreado sangre.

Margaret gritó de dolor y de espanto. Pero el grito le quedó cortado en la garganta.

Pues tenía ya encima un nuevo, terrible y espeluznante zarpazo.

Y así una y otra vez, hasta que el rostro de la muchacha quedó irreconocible.

Aquello le gustaba al gigante, al monstruo. Le sabía a juego

divertido, y se reía a carcajadas, mientras, de placer, la baba le salía a través de los labios, junto a sus amenazadores incisivos.

—¡Basta ya, Zaqui! —le ordenó la voz—. ¡Mátala sin más demora! ¡Ahora mismo! ¡Te lo mando, Zaqui!

El gigante dejó de reír. Aquella voz, por lo visto, tenía un extraordinario poder y predominio sobre él.

Entonces, ya sin esperar a más, el pie del monstruo se colocó sobre el cuerpo de Margaret, que en aquel momento había caído de bruces contra el suelo.

Momentos después la aplastaba...

Otra vez se oyó el ruido de huesos al romperse, al hacerse añicos.

# CAPITULO IV

Para ponerse más a tono con las circunstancias, David Dillman quiso hacer unas cuantas preguntas a la muchacha. Así podría ayudarla mejor, que buena falta iba a hacerle.

—Hazme las preguntas que quieras —dijo Raquel—. Puedes empezar.

—¿Cuántos años hace que conociste al doctor Zaroff?

—Cuatro —dijo, tras pensárselo un poco.

—¿Cómo era físicamente?

—Normal.

—Detalla más.

—Estatura media, llevaba barba y bigote. Vestía de oscuro. Necesitaba gafas.

—¿Qué edad?

—Joven.

—Vuelve a detallar.

—De treinta a cuarenta años, no sabría decírtelo exactamente... Pero algo así.

—¿Simpático?

—Correcto tan sólo.

—¿Serías capaz de reconocerle, si le vieras de nuevo? Pero piénsate bien la respuesta, no me la des a la ligera.

—Sí, claro que le reconocería —respondió, sin necesidad de pensárselo.

—¿Aunque le vieras caracterizado? —inquirió David Dillman.

—¿Caracterizado? —no se esperaba que enfocara el tema desde ese ángulo.

—Eso he dicho. Podría ser muy bien, ¿no crees, Raquel?

—Sí, naturalmente —asintió, luego de reflexionar sobre lo que acababa de oír. Y sonriendo—: Vas a ser una inestimable ayuda para mí, cada vez me convenzo más de ello.

—¡Qué suerte he tenido al conocerte!

—Bueno, eso ya lo dirás al final.

—Lo digo ahora.

—Yo creo —especificó David, seguidamente— que el doctor Zaroff vive en Hopper-Foile. De otro modo no estaría cerca de su diabólica obra, y tiene que estarlo, para darle órdenes... Quedamos en que «su invento» sería tan fuerte de cuerpo como débil de mente, ¿no es eso? Así pues, debe estar a su lado para darle las órdenes pertinentes... Por tanto, tenemos ya al doctor Zaroff en esta localidad... Ahora bien, ¿dónde se esconde? Yo supongo que, sencillamente, en ninguna parte. Sólo se protege, se encubre, bajo otra apariencia, bajo otra

personalidad... Así puede, como un ciudadano más, ir de aquí para allá sin infundir sospechas, tan tranquilo, como si nada...

—Deduces muy bien, David.

—Aquí se trata, por tanto, y ante todo, de que tú averigües quién es el doctor Zaroff. Si te fijas bien en unos y otros, has de reconocerle. Será, estoy seguro, alguien importante de la localidad... O relativamente importante.

—De acuerdo, David. ¡Ah! —exclamó—, pero tú te vienes conmigo y coges habitación en mi mismo hotel. Un guardaespaldas tiene sus ineludibles obligaciones.

—Pero yo no puedo dejar del todo el violín... —la previno.

—Llévatelo y toca a ratos sueltos. Si lo haces bajito, no creo que suceda nada.

—Pienso llevármelo, claro que sí. Mira, ya lo tengo metido en el estuche. Me lo llevaré al hotel, donde espero no molestar mucho a la clientela, si es que la hay.

—Ayer cené sola en el comedor.

—Mejor. Así, con unas cuantas propinas pasarán por alto la lata que pueda darles.

—Pero tu principal objetivo será vigilarme, ¿eh? —insistió.

—Me he dedicado diez años a eso, a vigilar. No te preocupes, sé hacerlo bien, a la perfección.

—Que sigas haciéndolo así.

—¿No tienes fe absoluta en mí? —quiso saber.

—Tanto como absoluta... —vaciló la muchacha—. Comprendo que, como tú mismo dijiste, tus puños y tu pistola ante un gigante, ante un monstruo como ése...

—No lo dudes, Raquel —y en su tono hubo, ahora, una confianza total—, me veo capaz de enfrentarme a esa bestia... Y si nos ponemos frente a frente, la venceré, no lo dudes...

Yo no he fracasado jamás...

Un rato después abandonaban el chalet.

David Dillman no se olvidó del estuche del violín, por lo que su aspecto, al salir de allí, parecía lo más inofensivo del mundo. Sus ropas las llevaba en la otra mano, en una pequeña maleta.

—Al llegar a Hopper-Foile, tengo que comprarme un par de vestidos y alguna cosilla más —le dijo Raquel, ya metida en el coche con él. David acababa de meter en la parte trasera la bicicleta, para que la muchacha pudiera devolverla—. Mis maletas se han quedado en el barranco.

—¿Quieres que vayamos a buscarlas? —se ofreció él.

—No vale la pena —contestó Raquel.

Antes de dar a la llave de contacto, sucedió algo que se les antojó de mal augurio. Era normal en aquella localidad, pero ellos lo

ignoraban.

De súbito, una densa niebla se adueñó del bosque y de los alrededores, y de muchos kilómetros a la redonda. Una niebla que a trechos parecía un muro impenetrable, y que en otros lugares se hacía jirones y se rastreaba por el suelo como una alevosa y traicionera culebra.

Al llegar a la calle principal de la localidad, desfigurada y borrosa por esa súbita niebla, oyeron comentar:

—Ya sabemos cómo se las gasta esta maldita niebla. Cuando llega, se queda aquí como si no quisiera marcharse. Tenemos para días.

—Esta circunstancia —observó David Dillman— favorecerá al doctor Zaroff.

—En lo mismo estaba pensando yo —corroboró la muchacha.

* * *

David Dillman pudo elegir la estancia que quiso. Todas las habitaciones estaban desocupadas, a excepción de la que ocupaba la señorita Jansen.

Pidió la que estaba situada frente a ella. Por si acaso, cuanto más cerca mejor.

—En todos los sentidos —dijo a la muchacha.

—¡Eh! —protestó ella—, ¿qué has querido decir con eso de «en todos los sentidos»?

—Qué mal pensada eres… —sonrió él.

—Sí, sí… —ironizó ella, pero también sonrió.

—Qué, ¿vas a salir ahora a comprarte esos vestidos? —le preguntó David poco después, cuando él había ya colocado sus cosas en el armario.

A través de la puerta abierta, la veía a ella. La muchacha a su vez había dejado abierta la suya.

—Sí —contestó, mientras terminaba de pasarse el cepillo por sus rubios cabellos.

—No hace falta que te arregles más —le aseguró él—, estás ya preciosa.

—¡Gracias!

Instantes después salía al pasillo.

—¿Te acompaño? —le ofreció David.

—No hace falta —contestó Raquel—, voy aquí cerca, a la tienda de la esquina.

—Yo, mientras tanto, me iré a dar una vuelta —repuso él—. Me meteré en el primer bar que encuentre. Nos-interesa saber por dónde se inclinan los comentarios de estas gentes.

—De acuerdo.

Pero así que estuvo en el bar, David Dillman oyó algo más que comentarios.

Se trataba de una nueva muerte, de un nuevo crimen. Margaret, la muchacha alta, rubia, hija del electricista, había acabado de la misma manera que Anne. Aunque Margaret había muerto con el rostro salvajemente desfigurado. A pesar de haber quedado materialmente chafada, tal circunstancia no había podido pasar desapercibida a nadie.

—Es horrible lo que está sucediendo a estas pobres muchachas... Y no tiene explicación —opinó uno de los clientes, que se hallaba acodado en el mostrador.

—Es todo un enigma —convino el hombre que se hallaba situado a su lado.

—Póngame un whisky —solicitó David Dillman, que para meterse en la conversación dijo—: La primera víctima fue la novia del señor Jack Presley, ¿no es eso?

—Sí —le respondieron—. Lo mismo que Margaret... Bueno, Margaret no era aún oficialmente su novia... Pero para el caso, lo mismo... Le había pedido ya que se casara con él... ¡La pobre chica estaba tan contenta!

—No sabía esto... —repuso David.

—Por lo visto —subrayó el otro cliente— no tienen suerte las novias del hombre más rico de Hopper-Foile. Parece como si la maldición las persiguiera...

—A mí lo que me gustaría saber —insistió el otro— es de qué mueren. Aplastadas, sí, de acuerdo, esto nadie lo discute... Pero aplastadas, ¿por qué?, ¿por quién? Lo que decía, esto no tiene explicación...

—Bueno —intercaló un cliente que hasta entonces había permanecido en silencio—, no creo que el señor Jack Presley se disguste demasiado... Ese se consuela en un abrir y cerrar de ojos... Ya lo verás, antes de cuarenta y ocho horas tendrá otra novia.

En aquel momento, entró en el bar el farmacéutico, y se dirigió rectamente hacia la barra. Pidió una cerveza.

—¿Qué opina de todo lo sucedido, señor Watson? —le preguntó uno de los clientes, sin darle tiempo siquiera a saludar.

—Se refiere a Margaret, ¿no es eso? —Leo Watson había torcido el gesto—. Pues opino, sencillamente, que si mi hija fuera mayor, no la dejaría hacerse novia de Jack

Presley ni por todo el oro del mundo.

—¿Adónde quiere ir a parar? —preguntó otro de los situados junto a la barra.

—Todo esto es demasiado extraño... —resumió—. Es cuanto sé. Como comprenderán, no sé más que ustedes.

—Dicen que Margaret era muy bonita… —se metió David Dillman en la conversación, para ver de sacar algo más.

—También lo era Anne —dijo el gordo farmacéutico—. Y también lo será la próxima.

—La próxima, ¿qué…? —preguntó David.

—Novia… La próxima novia de Jack Presley… —Y añadió—: Me gustaría saber quién va a ser…

—No me pondría yo en su pellejo —mascculló uno.

—Por lo que dicen ustedes —repuso otro—, parece como si esas muchachas murieran por ser las novias del hombre más rico de Hopper-Foile… Simplemente por eso.

—¿Qué otra cosa va a imaginarse uno? —inquirió por su cuenta el camarero, que hasta entonces había permanecido callado oyendo a unos y a otros.

## CAPITULO V

Raquel Jansen le dijo a la ex bailarina que el director de su periódico estaba de acuerdo con la cifra por ella solicitada.

—Podemos, pues, empezar cuando usted quiera —se ofreció la muchacha.

Aquella misma mañana, Maureen Curtis inició la narración de su vida mientras la joven periodista iba anotando datos, fechas y pormenores en su bloc de notas.

—¿Le molestaría que por hoy diéramos por concluida nuestra tarea? —preguntó Maureen poco después, antes de lo que parecía lógico esperar.

—Lo que usted desee.

—Es que mañana —se disculpó— doy una fiesta y me faltan aún muchas cosas por arreglar. Supongo que se hace cargo.

—No faltaría más —dijo Raquel.

—Por descontado —repuso a su vez Maureen Curtis—, cuento con su asistencia a esa fiesta a la que acabo de referirme. Es el cumpleaños de mi hija. Cumple ocho años.

—Si es usted tan amable... —Y no queriendo dejarse escapar aquella oportunidad—: Abusando de su gentileza, ¿puedo venir con mi prometido? Se llama David, y es artista...

—¿Artista? —se animó la expresión de la bailarina.

—Sueña con ser un gran violinista.

—Sí, venga con él —se apresuró a decir—. Y por favor, ruéguele en mi nombre que tenga a bien deleitarnos en la fiesta con alguna de sus interpretaciones.

—Se lo diré. Cuente con eso.

Cuando salió de aquella casa, Raquel Jansen estaba encantada de cómo se iban desenvolviendo los acontecimientos. Ni sobre ruedas.

Pero a David no le gustó tanto, ni mucho menos, la forma como ella había encauzado el asunto aquel.

—¿No te haces cargo, David? A esa fiesta acudirá lo mejor de la localidad. La ocasión será inmejorable para codearnos, sin duda, con el propio doctor Zaroff.

—Procedes demasiado a la ligera, Raquel. No voy a discutirte tus buenas dotes de periodista, pero... —carraspeó.

—Pero, ¿qué? —quiso saber ella.

—Que tienes suerte de tenerme a mí a tu lado. Solita no durarías viva ni un par de días.

—¿A qué viene esto ahora? —protestó—. ¡Yo no soy la novia de Jack Presley!

—Pero el doctor Zaroff puede reconocerte, recordar la interviú que

le hiciste. Puede recordar, incluso, que te dijo que le gustaba Hopper-Foile. En ese caso tú también estarías en peligro de muerte, ¿es que no lo comprendes?

Raquel Jansen se achicó.

—Sí…, sí… Ahora que lo dices…

—Por lo tanto, ponerte abiertamente frente a él, que jugará con ventaja puesto que sin duda va caracterizado, no lo considero una medida acertada. Pero, en fin, has aceptado ya la invitación… En cuanto a que yo interprete algo al violín, tampoco es una buena idea.

—¡Lo es! —aseguró la muchacha—. Así, para todos los presentes, serás sólo un artista,una persona completamente al margen de lo que tú y yo nos llevamos entre manos.

Jamás se les ocurrirá pensar que puedas ser mi guardaespaldas. Eso nos favorecerá a ambos.

—Desde este punto de vista, sí, de acuerdo. Pero yo no toco bien el violín, Raquel, y pueden darse cuenta.

—No entienden de música. Les parecerás genial.

—Es posible que todos se traguen la píldora. Todos, menos Maureen Curtis. Entiende de música, de arte, y a ella no le pasará…

—Con tal de que le pase al doctor Zaroff, nuestro objetivo estará cumplido.

—Bien, sea a tu gusto, Raquel. Pero, por favor, en adelante consúltame. Yo en ciertas cuestiones tengo más práctica que tú.

—¡Ah!, ¿en esto sí? —con gesto malicioso.

—Desde luego —añadió David Dillman—, en una cosa has estado acertadísima. Esto no puedo negártelo. Me refiero, claro, a decir que yo soy tu prometido.

—¡Ah!, ¿es esto sí? —con gesto malicioso.

—Claro —aseguró David—. A propósito, en la fiesta tendremos que comportarnos como tales, ¿no? De lo contrario podrían desconfiar y todo se iría patas arriba. Hay que saber cuidar los pequeños detalles.

—Eres un fresco.

—¡Si aún no te he dado ni un besó! Algo realmente incomprensible en mí, créeme.

—¿De veras?

—Palabra de… guardaespaldas —y sonriendo se acercó a ella y la cogió por el talle, atrayéndola hacia sí.

La muchacha no protestó. Ni la menor intención de hacerlo. Y no sólo eso, le tendió los brazos al cuello.

Pero el beso tuvo que interrumpirse, pues subía la escalera el dueño del hotel, Michael

Andersson, el hombre de cabello blanco que se teñía el bigote de negro.

* * *

Poca gente iba por las calles, ni siquiera por la principal, debido a lo espeso de la niebla, que persistía de un modo angustioso, sofocante.

Sin embargo, Dorothy, la hija de Maureen Curtis, aún no había vuelto del colegio. Se había ido a visitar a una amiguita que estaba enferma y todavía no había regresado a casa.

Su madre empezaba a sentirse alarmada. Aunque parecía una tontería preocuparse por un retraso que no tenía nada de particular.

De todos modos, en aquellos momentos Dorothy estaba ya cerca de su casa. Se hallaba en la esquina.

Pero de pronto se sintió cogida por un brazo, y sacudida... Violentamente sacudida, sin contemplaciones.

La niña se tambaleó.

Miró hacia el propietario de aquella mano que le clavaba despiadadamente los dedos en la carne. En aquella mano había una profunda cicatriz. No pudo verle el rostro. Llevaba caída el ala del negro sombrero y su faz desaparecía allí. Además, la niebla era tan espesa, tan completa, que todo se emborronaba.

—Vas a hacerme un favor, pequeña... —pero, claro está, aquello no era un ruego.

Ni siquiera era una orden, era algo más.

Era una amenaza, una terrible y estremecedora amenaza.

—Sí, sí... —asintió ella, medio llorando.

—Si te„ niegas a hacérmelo, te parto la cara de una bofetada... —y alzó la otra mano, violentamente, como dispuesto a hacer lo que decía.

—Haré lo que usted quiera... —sollozó.

—Dale esto a tu madre. No lo pierdas —y le puso un papel, doblado en cuatro, dentro de su cartera de estudio.

—Se lo daré —prometió la niña.

—Si te olvidas, volverás a verme...

—No..., no me olvidaré.

El hombre la soltó, y la niña echó a correr hacia su casa.

Al verla llegar, su madre casi gritó de alegría. Pero traía el rostro tan pálido, tan demudado, que se asustó de nuevo.

—¿Qué te pasa, hija? —le preguntó.

La niña se echó a llorar. Un llanto ahora violento, incontenible. Había pasado mucho miedo.

—El hombre me ha cogido por el brazo y me ha sacudido... Me ha hecho daño...

—¿Qué hombre? —se angustió.

—El que ha aparecido en la esquina.. Me ha dado un papel para ti. Tómalo, mamá... — lo sacó de su cartera de estudio y se lo entregó.

Una vez desdoblado, aquel papel, escrito evidentemente con la mano izquierda, decía:

«Si aceptas a Jack Presley, morirás como Anne y Margaret. Pero tu hija morirá antes... Destruye este papel. No avises a la policía.»

Maureen Curtis se quedó hondamente estremecida.

## CAPITULO VI

David y Raquel llevaron una muñeca a la niña. Una muñeca preciosa, vestida de bailarina clásica.

—Les agradezco mucho el detalle… —Maureen Curtis miró con un poco de añoranza, con cierta nostalgia, aquella muñeca que tantos recuerdos llevaba a su memoria—. Han sido muy amables. Da las gracias, Dorothy…

—Muchas gracias —dijo la niña.

—Es guapa, ¿verdad? —David Dillman se refería a la muñeca—. Pero no tanto como tú.

La fiesta estaba ya muy concurrida. Fueron presentados a unos y a otros. Todo empezó de la mejor manera.

Allí estaba Michael Andersson, el dueño del pequeño y único hotel, muy bien trajeado, perfectamente rasurado, con el bigote mejor teñido que nunca.

Se hallaba también Leo Watson, que comía pasteles casi constantemente. Con el afán con que los ingería, a nadie podía sorprenderle que Hopper-Foile tuviera un farmacéutico tan gordo. La esposa permanecía a su lado, callada, silenciosa, con el gesto áspero, agrio, lo que ya era proverbial en ella.

Cerca se hallaba el anciano doctor Lorens, de aspecto sumamente respetable. Un hombre que actualmente vivía solo. Todos sus hijos se habían ya casado y vivían lejos de allí.

Estaba asimismo la maestra. Como siempre, Nancy vestía con sencillez, pero a la vez con una suave y refinada elegancia.

Otra de las concurrentes se llamaba Elisabeth. Era una hermosa muchacha que trabajaba en una tintorería, un establecimiento donde, además, se vendían juguetes. Esa muchacha no tendría más de veinte años, pero sí tenía ambición, y desmesurada por cierto. Estaba harta de ser pobre y se había jurado a sí misma que dejaría de serlo. Como fuera.

Por eso, ahora, no se cansaba de dirigir miradas insinuantes a Jack Presley, cuya fortuna era una gran tentación para ella. Ya veía que no tenía nada de guapo, pero eso a ella la tenía sin cuidado. Su dinero era lo que contaba. No contaba otra cosa.

Siguieron llegando los invitados, y lo cierto es que la casa se llenó prácticamente de gente. También de niños, como es lógico. En conclusión, acabó habiendo un jaleo más que regular.

Maureen Curtis anunció, no mucho después, que el prometido de la señorita Jansen era violinista y que iba a honrarles con la pieza más escogida de su repertorio.

David Dillman, todo desenvoltura, no se hizo de rogar. Sacó el

estuche del violín, lo abrió y acto seguido, ante todos ellos, interpretó una pieza lo mejor que supo.

No le salió del todo mal, pero él lo pasó fatal. Le hubiera resultado mucho más fácil liarse a puñetazos con tres tipos a la vez. O desenfundar la pistola en menos de tres segundos y dar con la bala donde se lo propusiera.

Poco después, afortunadamente, todos volvían a hablar, a beber y a comer.

Fue entonces cuando Dorothy se acercó a Raquel Jansen y le dijo que la llamaban por teléfono. Le indicó el aparato, situado sobre una mesita, en una estancia contigua.

—¿A mí…? —se extrañó la muchacha.

—Preguntan por la señorita Jansen —dijo la niña—. ¿No es usted?

—Sí…

Se dirigió hacia aquella estancia. Acercó el receptor a su oído.

—Dígame… Soy Raquel Jansen.

—Salga al jardín —le dijo una voz de hombre—. Junto al árbol alto, espéreme… Yo le diré todo lo que desea saber —y colgó sin más.

La muchacha buscó con la mirada a David Dillman, pero en aquel momento no dio con él. Le había perdido de vista entre aquella cantidad ingente de invitados. Pensó que no le convenía hacer esperar a quien, sin duda, iba a allanarle mucho el camino a seguir, y optó por salir sola.

Cuando entreabrió la puerta trasera, que era la que daban al jardín, y vio tan espesa y compacta la niebla, casi vaciló. Era como si, instintivamente, recelase de lo que la esperaba.

Pero en el fondo era una chica muy decidida y valerosa, así que se repuso en seguida, y siguió adelante hacia el árbol alto.

Estaba allí. Destacaba de los demás. Los otros eran pequeños, apenas se alzaban un par de metros del suelo. Aquél no, se erguía con altivez, con opulencia, mostrando una copa llena de ramas y éstas cargadas de exuberante follaje.

Se detuvo junto al tronco, en espera de que llegara el desconocido.

Pero sí se dio cuenta, de súbito, de que ya estaba allí, muy cerca de ella, a sus espaldas.

Le llegó a la nuca su aliento mal contenido.

Se dispuso a girarse, pero no tuvo tiempo de hacerlo. Se sintió cogida por unas férreas manos, una de las cuales mostraba una profunda cicatriz. Sus muñecas fueron llevadas bruscamente hacia atrás, siéndole atadas en la espalda, alrededor del tronco. Esto en el espacio brevísimo de unos segundos.

Fue a gritar. No le quedaba otra defensa que ésta.

Gritar lo más fuerte que pudiera, para que David Dillman la oyera y acudiera rápidamente en su ayuda.

Pero el grito no llegó a salir de su garganta. Con una celeridad demoníaca, alguien, otra persona, dejó ver una cuerda, fuerte, gruesa, con la que al instante quedó rodeado su cuello.

Varias vueltas alrededor de su cuello y del tronco, muy fuerte, muy apretado...

De una forma que no podría soportarse por mucho tiempo...

* * *

Poco antes, David Dillman había buscado a la muchacha. Al no verla, arrugó el entrecejo. No le gustaba perderla de vista.

Se dispuso a dar con ella y sin tardanza. Al alejarse del salón donde se hallaban reunidos los invitados, ya casi en el pasillo de la casa, oyó decir a Jack Presley:

—Maureen, cásate conmigo. Sabes de sobra que es a ti quien he querido siempre.

Se detuvo, prestando atención. Ellos estaban en el pasillo.

—No es posible, Jack —le oyó responder a ella.

—¿Por qué no? —insistió—. ¿Porque aún sigues amando a aquel hombre, al padre de

tu hija...? ¡Si te abandonó del modo más cruel!

—Lo sé, Jack, y sé también que nunca volverá. No es por eso que te digo que no...

—Entonces, ¿por qué es?

—Cuando me lo pediste por primera vez, me negué porque no te quería, porque toda yo permanecía insensible ante ti, y pensé que no te merecías mi fingimiento... Pero si ahora te sigo rechazando, es por algo más...

—¿Porque ante tus desprecios elegí a Anne, y después a Margaret? ¿Es por eso que ahora me sigues rechazando?

—No, es por algo más grave. Pero no puedo decirte de qué se trata. Desde luego, mi negativa es irrevocable.

—Soy muy rico, Maureen. No lo ignoras... Y tú no debes andar nada bien de dinero...

Debieras reflexionar sobre las inestimables ventajas que tendrías si...

—Es imposible, Jack —le cortó—, y no insistas. Con esto no vas a adelantar nada.

—Si te empeñas en que me case con otra —masculló Jack Presley —, terminarás saliéndote con la tuya. Yo quiero formar un hogar y tener hijos. No estoy en edad de esperar.

—Cásate, y ten los hijos que quieras. Conmigo no cuentes. No puede ser. Perdona...

David retrocedió para que Maureen Curtis no le viera. No quería

que comprendiera que había escuchado aquella conversación.

Ya nuevamente en el salón la ex bailarina, Elisabeth, la muchacha de veinte años que estaba dispuesta a todo por llegar a ser rica, salió a su vez de allí y se fue hacia el pasillo.

Por lo visto sabía que en aquel lugar encontraría a Jack Presley. O tal vez éste, desde lejos, le había hecho alguna seña.

Como fuera, David les oía, poco después, hablar bajito, casi susurrando. Aunque no terminaba de entenderse lo que se decían.

Pero acabaron alzando más la voz, y entonces las palabras llegaron perfectamente a sus oídos.

—Me ha hecho feliz con sus palabras, señor Presley.

—Llámame Jack...

—No esperaba tanto de un hombre de su categoría. Querer casarse conmigo, que soy una chica tan modesta...

—Y valiente —observó—, a juzgar por lo poco asustada que te veo. Por descontado, me complace enormemente que sea así.

—¿Por qué iba a estar asustada?

—Anne ha muerto, y Margaret también.

—¿Y eso qué tiene que ver...?

David Dillman dejó de prestarles atención. A él lo que verdaderamente le interesaba era encontrar a Raquel. Y pronto, antes de que pudiera estar corriendo algún peligro.

Vio entreabierta la puerta que daba al exterior, al jardín, y se fue hacia allí. Un sexto sentido le dijo que encaminaba bien sus pasos.

Ya entre los pequeños arbustos, llamó su atención el árbol alto, donde algo se movía allí... Miró, agudizando la mirada, y a través de la niebla vio que ese algo se movía, se agitaba, y que era el cuerpo de la muchacha. Corrió hacia allí.

Instantes después, había conseguido soltarla. Pero ella estaba ya sin sentido entre sus brazos. Un instante más y hubiera sido tarde.

Después, poco a poco, el aliento volvió al pecho femenino y la respiración se hizo ya nuevamente visible. Entreabrió los ojos.

—¡David! —exclamó, entrecortadamente.

El la estrechó muy fuerte contra su pecho, deseando infundirle ánimos.

—Cálmate.

—Ha sido espantoso...

—No has debido salir sola al jardín.

—Ahora me doy cuenta.

—Te lo dije, sin mí estabas condenada a no vivir ni un par de días —bromeó.

—Te debo la vida, sí... —ella lo dijo muy seria.

—Me alegro que me debas tanto. Pero bueno, ¿quién ha sido? ¿Le has visto la cara?

—Sólo he visto sus manos, en una de ellas tenía una profunda cicatriz. Me ha cogido por las muñecas y me las ha maniatado a la espalda, alrededor del tronco. Otra persona ha sacado una cuerda gruesa y la ha pasado alrededor de mi cuello, una y otra vez, cada vez más fuerte, cada vez apretando más. Todo casi a la vez.

—Entonces han sido dos personas.

—Sí, forzosamente...

De pronto, Raquel Jansen gritó de un modo histérico. Se había quedado con los ojos muy abiertos, fijos en un punto determinado.

David siguió la dirección de su mirada y fue a dar a uno de aquellos arbustos, de sólo unos dos metros de altura. Allí, ahora, algo se movía como un péndulo...

¡Era Dorothy, la hija de la ex bailarina, que pendía siniestramente de una soga!... Los ojos completamente desencajados, en blanco, la lengua fuera...

# CAPITULO VII

Tras una noche de desespero y de lágrimas sin fin, Maureen Curtis no tenía fuerzas ya ni para llorar. La muerte de su hija la había dejado física y moralmente destrozada, aniquilada.

—Cuando regresamos al salón —dijo David Dillman, que fue a visitarla al mediodía, en compañía de Raquel—, allí seguían los invitados, no faltaba ninguno. Parece deducirse, pues, que ninguno de ellos tuvo nada que ver con lo sucedido... No obstante, a mí me consta que el asesino era uno de los presentes.

—¿Uno de mis amigos? —inquirió Maureen Curtis, sorprendida de lo que había oído.

Dejaba oír su voz por primera vez. Hasta entonces había permanecido hundida en un silencio total. Nadie había conseguido sacarla de su mutismo.

—Sí, uno de sus «amigos» —remachó David—. Así que considero de vital importancia que me diga si reparó en la momentánea ausencia de alguno...

—No, no —negó Maureen Curtis. Luego murmuró—: Debió matarla el hombre de la esquina, el que le entregó el papel...

—¿Qué hombre? ¿Qué papel? —preguntó David Dillman, poniéndose en pie de un brinco—. Por favor, dígamelo todo. Si quiere que cojamos al asesino de su hija, no me oculte nada.

—¿Y qué voy a ganar explicándoselo todo a usted? —quiso saber—. Usted no es policía. Sólo es un artista, que sueña con llegar a ser un gran violinista... Aunque lo tiene difícil, porque toca el violín muy deficientemente. Ayer desafinó varias veces, aunque nadie pareció darse cuenta de ello...

—Comprendo..., no. la engañé a usted. Me lo imaginaba.

—No, no me engañó —dijo Maureen Curtis—. Por eso, ahora, me dedico a sincerarme con usted. Pienso que quizá se luzca más buscando al asesino de mi hija que interpretando música.

—Délo por seguro.

—Aquí tiene... —le tendió el papel, que volvía a estar doblado en cuatro—. Me lo entregó mi hija. Se lo dio un hombre al que no consiguió ver la cara. Dorothy sólo reparó en la cicatriz que tenía en una de sus manos, en la derecha..

—¡Es el mismo! —exclamó Raquel—. ¡El mismo que a mí me dejó maniatada! Yo también reparé en ello.

—¿Qué dedujo usted de ese escrito? —preguntó David Dillman, a continuación.

—Nada... —repuso Margaret Curtis—. Nada en concreto. Sólo que... estaba dispuesta a obedecer. La vida de mi hija era lo más valioso para

mí. Y sin embargo, a pesar de que yo rechacé a Jack Presley, la han_ matado… —su dolor se hizo nuevamente tan angustioso, que tuvo que ponerse a dar golpes al brazal del sillón en que se hallaba sentada, para calmar su desgarrado desespero—. ¡La han matado!

—Tenga resignación. —rogó Raquel, sinceramente compadecida.

—Y ayúdeme a descubrir al asesino —agregó David Dillman, más positivo que la muchacha.

—¿Qué puedo hacer para ayudarle? —interrogó Maureen Curtis, tras esforzarse por serenar su dolor.

—Decirme qué opina, exactamente, de lo que sucede… Son asesinadas las novias de Jack Presley… ¿Por qué, precisamente, ellas? En cuanto a usted, recibe esta nota… Se le prohíbe, bajo amenaza de muerte, formalizar con él…

—Supongo —dijo Maureen Curtis— que todo eso tiene una fácil explicación, ¿no? El asesino no quiere que Jack Presley se case.

—En efecto, es ésta la deducción más lógica… —admitió David—. Sin embargo, algo no parece encajar…

Ya fuera de la casa, David Dillman amplió el comentario. Esta vez dirigiéndose a la muchacha.

—No encaja, porque el asesino es el monstruo, el gigante ese, obra del doctor Zaroff…

Obedece sus órdenes. Y al doctor Zaroff, ¿qué puede importarle que Jack Presley se case o no?… Aquí falta algo.

—Estamos en un callejón sin salida, ¿es esto lo que quieres darme a entender?

—Tal vez, Raquel. Pero bien mirado, hasta los callejones sin salida suelen tenerla… En cierta ocasión, ¿sabes? —le refirió—, me persiguieron unos individuos por un estrecho callejón, a cuyo término había una alta tapia. Creyeron que me habían acorralado, que me tenían bien cogido, pero se equivocaron. Salté la tapia y caí tan campante al otro lado. Todo fue cuestión de tener las piernas ágiles y de saber dar un buen salto… Me has comprendido, ¿verdad, Raquel?

—Sólo a medias.

—Quiero decir que a veces hay que saltar, y con decisión, no queda otro remedio, o nos pillan. Y esto, más o menos, es lo que voy a hacer ahora… No te meto a ti en esto, porque tú tienes ya bastante con el susto de ayer. Lo haré yo solo.

—¿El qué?

—Echarle una ojeada a la casa de piedra. Me aseguraste que quedó construida en un santiamén, ¿no es eso? Se desprende de ello, por tanto, que la construyó el gigante, el monstruo ese… Al principio yo me tomé a broma tu explicación, pues no podía creer en absoluto en la existencia de ese ser al que tú te referías… Pero una vez visto, se comprende y deduce, inevitablemente, que ése debe ser su albergue…

Y el secreto refugio de nuestro diabólico doctor Zaroff.

—Yo te acompaño —se decidió a decir la muchacha.

—¿Aún no estás del todo escarmentada?

—No, porque voy a ir contigo. A tu lado siento la sensación de estar a salvo de todo mal.

—Gracias, preciosa.

Esperaron a que se hiciera de noche. Así resultaría más discreta su intromisión en aquella zona del bosque, donde, lo sabían, tantos y tan graves peligros podían acecharles.

Si aquél era, en efecto, el albergue del gigante, del monstruo, por allí, en buena lógica, debería estar él... Si se percataba de la presencia de ellos estarían perdidos. Sobre todo si se hallaba cerca el doctor Zaroff y le ordenaba exterminarles. Pero, claro, valía más no pensar en estos pormenores. Si pensaban demasiado en todo eso, terminaría faltándole los ánimos.

Bueno, no a David Dillman. Estaba acostumbrado a situaciones arduas, difíciles, a jugarse lindamente la piel.

Para llegar hasta el bosque, cogieron el coche. David Dillman lo tenía detenido cerca del hotel.

Pero apenas internados en el bosque, lo dejaron allí, en un lugar discreto, y se apearon. Habían decidido hacer el resto del camino a pie. Así no les oirían acercarse.

Cuando la casa de piedra apareció ante sus ojos, rodeada de aquella intensa niebla, la muchacha volvió a apretarse instintivamente contra David. Daba miedo mirar hacia aquella extraña edificación.

—¿Arrepentida de venir hasta aquí? —le preguntó él, que aprovechó su acercamiento para rodearla con su brazo.

—No, no...

—Pues adelante.

—Sí, David.

La casa permanecía en silencio. Parecía no haber nadie. Daba la sensación de estar abandonada.

Pero pronto se dieron cuenta de que, por una estrecha rendija, asomaba un poco de luz. Una luz que llegaba, evidentemente, del sótano.

—Hay alguien.

—El gigante, el monstruo... —dijo Raquel.

—Ese no creo que necesite luz para nada. Además, el sótano debe ser de proporciones normales, allí dentro no cabe ese ser... En la casa sí, date cuenta, tiene una altura desproporcionada. Casi con la misma altura, otra casa constaría de planta baja y un piso.

No cabe duda —se reafirmó David en su tesis—, ése es el albergue de nuestro «pequeño» enemigo...

—No me gusta el humor negro —le dijo ella.

Cuando echaron un vistazo a través de aquella estrecha rendija, por la que, en efecto, salía la luz del sótano, no vieron a nadie… A nadie, a excepción de un sujeto de aspecto rudo que trajinaba afanosamente con los utensilios de aquel laboratorio. Porque aquel sótano no era más que eso, un amplio y bien surtido laboratorio.

—¿Le conoces? —preguntó David a la muchacha, por lo bajo.

—No.

—¿No es el doctor Zaroff? —preguntó de nuevo.

—¡Oh, no! El doctor Zaroff es mucho más joven. Este debe tener ya cincuenta y tantos años. Además, el doctor era un hombre fino, elegante, no como ése…

El sujeto que estaba en el laboratorio se fue hacia el otro extremo del sótano y dejaron de verle. Abarcaba muy poco aquel punto de mira, a través de la rendija.

Sin embargo, el sujeto volvió a aparecer en el círculo visual de ellos. Fue entonces cuando le oyeron decir, dirigiéndose a alguien que, por lo visto, acababa de presentarse allí dentro:

—Me parece que vamos a extralimitarnos…

La otra persona respondió algo, pero ellos no terminaron de captar sus palabras. Esa persona no se hallaba cerca de la pequeña ventana, a través de cuya ranura miraban, y el sonido de su voz se perdió en el camino.

Oyeron, no obstante, lo que volvió a decir el sujeto:

—De acuerdo, usted manda… Pero recuerde lo que le digo, matar ahora a Elisabeth nos puede traer graves perjuicios… Sí, ya sé que no voy a matarla yo, ni usted, sino…

Como respondiendo a esto, se oyó reír al gigante, al monstruo. Por lo que retumbaron, incluso, las piedras de la casa.

—¡David! —exclamó la muchacha.

—¿Qué sucede…?

—Fíjate en las manos de ese sujeto.

—¿Qué tienen de especial?

—En la derecha, fíjate, hay una cicatriz. ¡Son las manos que a mí me maniataron! Las mismas, sin duda, que entregaron aquel papel a Dorothy…

—Empezamos a hilar fino. Pero… aquí ya no tenemos nada que hacer. Un poco más y podríamos echarlo todo a rodar. Alelémonos.

—Sí.

Cuando ya pudieron hablar con más tranquilidad, Raquel Jansen opinó que lo primero que tenían que hacer era ir a comunicar lo que sabían, y lo que acababan de averiguar, a la policía. Todo se había complicado ya demasiado para querer llevar ellos solos el peso del asunto.

—¿Para qué quieres que vayamos? —inquirió David—, ¿Para que

no nos crean y se rían de nosotros? Puedes estar segura que se tomarán a broma lo que podamos contarles… Eso de que exista un gigante, un monstruo, y de que nosotros le hayamos visto…

—¡Pero es cierto!

—Nosotros lo sabemos, desgraciadamente. Pero necesitamos pruebas que ofrecer.

Mientras no las tengamos, todo lo demás no cuenta.

—Indicarles esta casa, ¿no es una prueba?

—No. Si el gigante desaparece de aquí, no… ¿Qué tiene de particular esta casa? Más o menos es una casa como otra cualquiera, con un laboratorio en su sótano.

Y no lo dudes, si damos la voz de alarma la casa quedará abandonada…

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Lo único práctico es ir a ver a Elisabeth, a la nueva novia de Jack Presley, y ponerla sobre aviso. Si se protege debidamente, si no sale de noche, no es fácil que puedan eliminarla. Mientras tanto, yo procuraré dar con el desenlace… Lo cual conseguiré así que comprenda quién es, de los invitados del otro día, el doctor Zaroff…

## CAPITULO VIII

—¿Qué desea? —le preguntó Elisabeth, así que le abrió la puerta, con un tono nada amable por cierto.

David Dillman se lo dijo. Tenía sobradas razones para suponer, para saber más bien, que pretendían matarla. De igual o parecida manera a como habían matado a Anne, y después a Margaret. Iba para prevenirla.

—Yo no creo en cuentos de brujas —contestó ella, secamente.

—No se trata de un cuento, se lo aseguro —afirmó David—. Y usted se dará cuenta de ello si es una muchacha inteligente.

—Nunca me he tenido por inteligente —dijo—. Pero soy joven, bonita, y voy a casarme con el hombre más rico de la localidad.

—Para casarse —puntualizó David Dillman, y quiso asustarla, por su propio bien— ha de estar usted viva, porque los muertos no se casan. En consecuencia,- insisto, debe protegerse mucho. Otra cosa sería una insensata temeridad.

—Bien —repuso la muchacha—, le haré caso. Eso no me cuesta nada. Gracias.

—No hay de qué...

David Dillman, empero, no se fue satisfecho de allí. Había comprendido que, pese a todo, aquella muchacha no estaba asustada de lo sucedido a Anne y a Margaret. Debía pensar que se trataba de una mera coincidencia.

O tal vez, guiada por su ambición, se obstinaba en no ver claro.

Como fuera, él había hecho por la muchacha lo humanamente posible. El resto no estaba a su alcance. De lo que sucediera, no podría considerarse responsable.

Elisabeth había cerrado ya la puerta, regresando al modesto comedor de su modesta vivienda.

—¿Quién era? —le preguntó su tía, que era con quien vivía desde pequeña.

—Una joven, se ha equivocado de dirección...

—Es ya tarde —añadió la tía—, y hoy estoy cansada. Me voy a descansar. Buenas noches, Elisabeth.

—Buenas noches, tía. —Y ella a su vez añadió—: Yo me quedaré despierta un rato más.

Voy a leer un poco.

Aún no había leído ni media docena de páginas cuando sonó el teléfono. Lo descolgó en seguida, para que su sonido no despertara a su tía, si es que ya dormía.

—Diga.

—Soy Oliver... —oyó la voz, que le pareció algo distinta, pero sin

recelar por ello—.

Cariño... Mi vida...

—No has debido llamar —dijo Elisabeth.

—Necesito verte una vez más... Aunque sólo sea la última... Te espero en el sitio de siempre... Ahora, ahora mismo... Te quiero... Te quiero... —y colgó el teléfono.

Oliver era el muchacho al que ella amaba. Pero no lo suficiente como para sacrificar por él todo lo que Jack Presley podía ofrecerle. Sin embargo, Oliver acababa de citarla una vez más, donde tantas veces se habían encontrado, y abrazado, y besado... La tentación resultaba demasiado fuerte, irresistible.

No se acordó de los consejos de David Dillman.

Decidió ir.

Y poco después salía sigilosamente de la casa, polla puerta de atrás, internándose por los campos que habían de llevarla hasta el viejo molino.

Un molino, que esa noche, entre la oscuridad y la niebla, no vio hasta estar a pocos metros. Pero cuando vio el molino, reparó asimismo en algo más. En algo horrible, terrorífico, que le hizo quedarse petrificada.

Una nube acababa de rasgarse, de abrirse, apareciendo la luna. Su luz se filtró entre las sombras de la noche y los jirones de la niebla, como queriendo regocijarse de todo su estremecedor espanto...

Allí cerca había un ser gigantesco, y a la vez monstruoso. El cráneo pelado, y el cuerpo cubierto de pelo espeso y tupido. Los ojos pavorosamente desencajados...

Los incisivos, entre los labios, asomando fieramente...

Gimió apagadamente, sin fuerzas para nada, ni siquiera para gritar. Se sentía a punto de desvanecerse.

El gigante se acercó, quedando siniestramente a su lado. Ella miró hacia lo alto.

No le llegaba ni a las rodillas.

El gigante se agachó y alargó sus brazos, con la evidente intención de cogerla entre sus manos, de uñas muy crecidas, curvadas como garras.

Ella siguió rígida, sin poder pensar, ni hablar, ni moverse. El terror, como una enorme red de hierro, la atenazaba despiadadamente.

Y el monstruo acercó aún más sus manos hacia ella...

Y ella, envuelta en el más negro pánico, quedó sin fuerzas para nada. Siguió sumergida en aquella horrenda y estremecedora inmovilidad.

Las manos que ya la rozaban, eran grandes, enormes...

Entonces, ante aquel roce, sí gritó.

Gritó desesperadamente...

Pero al hacerlo, quedaron rotas sus cuerdas vocales, y lo que terminó saliendo de su garganta sólo fue un gorgoteo atroz, espeluznante.

Sintió que la boca se le había llenado de sangre, y al poco la sacó, de una bocanada.

Por lo demás, ya su cuerpo, medio desvanecido, se hallaba entre aquellas dos enormes y horribles manos, Y vio de cerca el rostro del monstruo, porque la había alzado del suelo y la había subido a su altura.

La boca del gigante se entreabría, mostrando aún más sus incisivos, mientras de su interior brotaban unos sonidos guturales, roncos, ininteligibles.

De repente se oyó la voz.

—¡Mátala de una vez, Zaqui! ¡Mídala, Zaqui!

Elisabeth reconoció aquella voz. ¿Cómo no iba a reconocerla, si la había oído tantas veces...?

Comprendió que estaba perdida. Ya no había posible salvación para ella.

En efecto, apenas oída aquella terminante orden, el monstruo la arrojó, la estrelló con todas sus fuerzas contra el suelo.

No fue una caída mortal. Pero allí quedó Elisabeth; con un brazo lesionado, con una pierna rota y con la espina dorsal fracturada por dos sitios. Quedó allí en el suelo, gimiendo y jadeando angustiosamente, desesperadamente...

Tal vez por eso, porque su dolor era espantoso, insoportable, de puro infierno, resultó casi una liberación que el monstruo se decidiera a acabar con ella. Le puso el pie encima y...

Y una vez más quedó materialmente aplastado un joven y bonito cuerpo de mujer.

# CAPITULO IX

Cuando llegó la noticia de que Elisabeth había muerto, de la misma forma que sus antecesoras, David acababa de desayunar. Raquel había hecho otro tanto, ambos en la misma mesa del comedor del hotel.

—No hizo caso de mis consejos —masculló David entre dientes—, y bien caro lo ha pagado.

—Pobre muchacha —la compadeció Raquel.

—En fin, lamentarse ya no sirve de nada —y levantándose tras dejar la servilleta de un manotazo—: Voy a empezar a interrogar a unos y a otros... Estoy seguro de que alguno me dirá algo que me sirva... Bien mirado, el punto de partida ya lo tengo.

—¿Sí?

—Debo encontrar al sujeto de la cicatriz en la mano... Aunque debo encontrarlo fuera de la casa de piedra, para poder arrancarle, quiera que no, todo lo que sepa...

—No lo veo sencillo.

—Alguien tiene que conocerle, ¿no? Además, con la excusa de buscarle a él, hablaré con... con los más sospechosos.

—¿Qué son? —preguntó Raquel.

—Michael Andersson, el dueño de este hotel... Leo Watson, el farmacéutico, y Jack Presley, el hombre más rico de Hopper-Foile... Uno de los tres tiene que ser, en buena lógica, el doctor Zaroff... ¿Qué me dices tú, Raquel, que le conociste?

—Si está caracterizado... —vaciló— no sé qué decirte... El farmacéutico —añadió— está muy gordo, y el doctor Zaroff no lo era, tenía la silueta esbelta, pero, claro, en cuatro años ha podido engordar... Jack Presley no me recuerda en nada a aquel hombre que llevaba bigote, barba y usaba gafas... Jack Presley no lleva ninguna de las tres cosas... En cuanto al dueño de este hotel... No sé, tampoco a Michael Andersson le veo ningún parecido... Pero si tú dices que en buena lógica tiene que ser uno de los tres...

—Sí, lo digo y lo repito. Aunque... —concretó— de la lógica yo me fío tanto como de un globo agujereado... Ahora bien, lo único cierto y concreto es —aseveró— que el doctor Zaroff, cualquiera que éste sea, te ha reconocido a ti, Raquel, y que te recuerda perfectamente... Por eso te considera un peligro y quiso en consecuencia eliminarte...

—Sí, a esta deducción es fácil llegar —asintió la muchacha—. No resulta muy reconfortante la idea, pero...

Pasó por allí cerca Michael Andersson, con su cabello blanco y su bigote negro, y David se apresuró a levantarse y a alcanzarle antes de que empezara a subir la escalera que conducía al piso.

—Por favor, señor Andersson...

El dueño del hotel, siempre amable y gentil, no dejó de serlo en ese momento.

—Usted dirá, señor Dillman.

—Se trata de que me gustaría hacerle un par de preguntas, si a usted no ha de saberle mal…

—Referentes a esas pobres muchachas, ¿no. es eso? —había adivinado el tema a tratar.

—Sí, ciertamente.

—Puede preguntarme lo que guste. Estoy a sus órdenes, como siempre —pero su amabilidad, su gentileza, dieron la sensación de haberse enfriado.

—¿Conoce usted a un sujeto de unos cincuenta y tantos años, que en la mano derecha tiene una profunda cicatriz?

—¿Una cicatriz en la mano derecha? —repitió. Y sin esperar la respuesta—: ¿Tiene eso algo que ver con la muerte de esas bonitas muchachas?

—Creo que sí —dijo David—. Por eso le pregunto.

—No, no le conozco —repuso Michael Andersson, tras una vacilación que resultó demasiado larga para pasar desapercibida a un joven tan avispado como David Dillman.

—¿Está seguro? —preguntó éste, que comprendió que no se había ceñido estrictamente a la verdad.

—Verá usted… —observó tras una nueva vacilación—, no quiero verme metido en ningún lío. A mí lo único que me interesa es mi pequeño negocio, este modesto hotel…

—Pero si sabe algo, su deber es decirlo, colaborar. Otra postura resultaría demasiado egoísta por su parte, ¿no se hace cargo?

—Sí, creo que sí —terminó admitiendo. Luego agregó—: Bueno, lo cierto es que yo no conozco a ese sujeto al que usted ha mencionado. Sólo puedo decirle, no obstante, que en una ocasión le vi hablando con el señor Jack Presley, en la calle… Es todo lo que puedo decirle…

—Es suficiente —aseguró David—. Muchas gracias por su información.

—Una información que le agradecería que no divulgara como cosa mía.

—Descuide.

Seguidamente, David Dillman decidió visitar a Jack Presley. Le preguntaría abiertamente por aquel hombre, el de la cicatriz en la mano derecha. Al parecer estaba ya sobre una buena pista.

—¿Te acompaño? —preguntó Raquel.

—Es preferible que no. Espérame aquí. Regresaré así que sepa algo en concreto.

—Te espero —le sonrió—. Tarda lo menos posible.

—Prometido.

La casa de Jack Presley, sin lugar a dudas, era la mejor y más lujosa de la localidad.

Bastaba mirar su fachada y sus balcones circundantes y su amplísimo y bien cuidado jardín, para adivinar que allí residía un hombre al que le sobraba el dinero.

Pero David Dillman no tuvo precisión de llamar a aquella puerta. Antes de hacerlo vio al interesado, apeándose de su automóvil.

—Señor Presley… —se le acercó con naturalidad.

—¿Qué tal, señor Dillman? —Y tendiéndole la mano—: Como verá, recuerdo su nombre perfectamente… ¡No faltaría más, habiéndole conocido en casa de mi muy estimada y querida amiga Maureen!

—Una mujer que es, ahora, infinitamente desgraciada —dijo David —. La muerte de su hija, a la que adoraba…

—Fue algo horrible.

—Pero ese crimen no quedará impune, como tampoco los otros…

—Confío en la policía, que está tomando cartas en el asunto.

—Al margen de la policía, cuya eficacia no discuto, ni pongo en duda, como es natural, yo estoy intentando dar con una pista. ¿No quiere usted ayudarme a conseguirlo?

—Sólo deseo poder hacerlo.

—¿Conoce usted a un sujeto de mediana edad, que tiene una profunda cicatriz en la mano derecha…?

—No —respondió—, no le conozco. Sí, sí… —se corrigió a sí mismo —. En una ocasión hablé con él, aquí mismo, en la calle…

—¿Cómo se llama? —preguntó David—. ¿Dónde vive? ¿Lo sabe usted?

—Ni sé su nombre ni sé dónde vive. Lo único que puedo decirle es que vino a pedirme dinero. Su hijo estaba muy grave y no podía comprarle una medicina que necesitaba.

—¿Le dio usted el dinero que le pedía? —inquirió—. Y discúlpeme lo que de indiscreción pueda parecerle que hay en mi curiosidad.

—Sí, se lo di —afirmó Jack Presley.

—Entonces —resumió David—, se iría después a la farmacia, a comprar la referida medicina, ¿no cree usted?

—Parece lo más lógico.

—Pues bien, nada más, señor Presley. Muy agradecido por todo. He tenido mucho gusto en saludarle.

—Otro tanto le digo —volvió a tenderle la mano—. A propósito — dijo cuando ya estaba a varios pasos—, si ve a Maureen dele recuerdos de mi parte. No se olvide.

—No me olvidaré.

Se fue directo hacia la farmacia, donde el grueso Leo Watson estaba poniendo en orden unas estanterías.

—Sí, me acuerdo de él —contestó, cuando David le expuso de qué

se trataba—. Pero no, no sé cómo se llama ni quién es, tampoco dónde vive. Pero si quiere usted informarse al respecto, vaya a ver a Nancy, la maestra. Aquel hombre me dijo que la medicina era para su hijo, pues estaba muy grave a causa de una desgraciada caída que había sufrido en el colegio... En el columpio, si no recuerdo mal...

# CAPITULO X

Encontró a Nancy dando la clase de geografía.

Al verle llegar a él, esbozó una sonrisa y dijo a sus alumnos que repasaran la lección mientras ella permanecía ausente unos minutos.

—¿Qué desea, señor...?

—Dillman. David Dillman.

—¡Ah, sí! Discúlpeme...

—Venía a preguntarle por el padre de un niño que… —le refirió el caso—. Me interesaría ponerme en contacto con él.

—Vive cerca del lago —le informó Nancy—, en una casucha donde sólo hay miseria. Es viudo. Su única alegría era ese niño, que se cayó del columpio y sufrió una gravísima fractura de cadera. Ahora, gracias a una recomendación mía, lo tiene ingresado en un hospital, lejos de aquí. De eso hace ya más de siete meses, pero se va recuperando poco a poco y esto es lo importante, lo demás se olvidará. ¿Algo más, señor Dillman?

—Nada más. Disculpe que la haya molestado.

—No se preocupe. A veces no viene mal airearse un poco de esos diablillos... ¡Dan una guerra!

Al salir del colegio, David Dillman se dirigió al hotel. Deseaba poner al corriente a Raquel de lo mucho que habían adelantado sus investigaciones.

—¿Y cuándo vas a ir? —preguntó la muchacha.

—¿A buscar a ese sujeto? Pues en seguida. Así que coja la pistola... Por si las moscas, ¿sabes? Es que, en realidad —observó—, he averiguado lo que me proponía... demasiado de prisa. Y yo sé por experiencia que cuando te dan excesivas facilidades en algo, en lo que sea, es que hay gato encerrado.

—¿Quién te ha dado facilidades? —preguntó Raquel.

—Todos.

—Bueno, vete a buscar la pistola. Te espero aquí.

—¿Vas a venir conmigo?

—Naturalmente.

Poco después cogían el coche y se dirigían hacia el bosque. El lago se hallaba allí, con su superficie lisa, inmóvil, muy azul, que sólo sugería ideas hermosas...

Aunque ahora, adueñado el ambiente por aquella intensa niebla, ya nada parecía tan hermoso.

Por lo demás, Raquel no podía olvidar que fue cerca del lago donde ella reparó por primera vez en aquellas horribles y estremecedoras huellas... Donde, poco después, vio como el gigante, el monstruo, mataba a Anne...

—¿No estaremos desafiando excesivamente el peligro? —preguntó, antes de llegar—. Claro que, yendo contigo...

—¿No quedamos en que querías conseguir unos buenos artículos para tu periódico, Raquel? —le recordó él.

—Sí, claro..., pero...

—Tranquila. No va a pasarte nada.

—Pero nos acercamos al final del enigma...

—Ese sujeto no es más que un subordinado del doctor Zaroff. No tiene más categoría que ésa. El final, pues, no lo tendremos cerca hasta que consiga hacerle hablar.

—Lo conseguirás, estoy segura.

—Tengo mis métodos, no lo dudes... —y le enseñó los puños, cerrados con fuerza.

Se apearon a un centenar de metros de la casucha. Por si acaso había que tomar las debidas precauciones.

No había que cometer errores de ninguna índole. Podían ser fatales, y lo sabían.

Luego se encaminaron hacia allí. Raquel se iba quedando un poco rezagada, como si los ánimos le fueran faltando, y David le tendió la mano, estrechando confortadoramente la de ella.

—Gracias... —musitó la muchacha.

Siguieron adelante.

La casucha apareció rodeada de niebla. Una niebla espesa, compacta, que al encontrar la puerta abierta se había colado dentro como un desapacible intruso.

Tras echar una ojeada en aquel interior, muy pobre, muy mísero, David murmuró:

—No está...

Pero se hallaba cerca y en seguida pudieron constatarlo así por los gemidos que llegaron a sus oídos. Unos gemidos que eran, no cabía dudarlo, un siniestro epílogo de una muerte ya inminente.

Se apresuraron a ir hacia allí. Hacia la orilla del lago, que era de donde procedían aquellos ayes estremecedores.

Al llegar, le vieron...

Aquel sujeto, el de la cicatriz en la mano derecha, estaba de rodillas, en mangas de camisa. Una camisa que, sobre su costado derecho e izquierdo, se enrojecía espeluznantemente. Eran aquellas dos horribles manchas de sangre...

Tenía clavado un cuchillo. Un cuchillo enorme, tan enorme que había conseguido traspasarle de parte a parte. La empuñadura quedaba incrustada en el riñón derecho y la punta surgía por el izquierdo.

Antes de que llegaran hasta él, cayó de bruces. Había querido seguir de rodillas un poco más, y decir algo, pero le había resultado

imposible hacerlo.

Cuando David Dillman se acercó a él y le dio media vuelta, sólo dijo lo que ya esperaba decir.

—Está muerto.

—Pero ¿quién…?

—¿Quién va a ser? El doctor Zaroff. Ha comprendido que estaba en peligro si este sujeto hablaba, y le ha enmudecido para siempre.

—Pero acaba de matarle… Así pues, el doctor Zaroff debe estar cerca…

—Sí —convino David—; pero con esta niebla es inútil que intentemos dar con él.

# CAPITULO XI

Jack Presley había ido a visitar a la ex bailarina, que seguía sumida en el dolor. En un profundo dolor del que él, sin embargo, se esforzó afanosamente por sacarla.

—Así no puedes seguir, Maureen. Debes rehacerte...

—No resulta fácil.

—¡Si pudiera encontrar las palabras precisas para consolarte! Pero no acierto a dar con ellas...

—Te lo agradezco igualmente —respondió Maureen—. Sé la buena intención que te guía hacia mí.

—No puede ser de otra manera —estrechó las manos femeninas entre las suyas—. Sabes lo mucho que te amo, desde hace ya mucho tiempo... Un amor que me hace ahora, aunque el momento pueda parecerte tal vez inoportuno, pedirte nuevamente que seas mi esposa. Dime que sí, y todas mis esperanzas quedarán colmadas.

—Te lo ruego...

—No me pidas que no insista, debo hacerlo por varias razones. La primera, sé que una vez aceptes mi cariño, mi amor, mi protección, te sentirás mejor. Ahora estás sola.

Demasiado sola. No es bueno sentirse así.

—Quizá tengas razón —admitió.

—Además —siguió diciendo Jack Presley—, me consta que en el fondo me tienes afecto, simpatía. Si nunca me has aceptado, ha sido porque confiabas en que regresara el padre de tu hija, el gran amor de tu vida.

Pero sé sensata, razonable, y comprende que es inútil que esperes... No volverá. Se burló de ti. Pero aquí surjo yo, dispuesto a hacerte mi esposa y a compensarte todo lo sufrido...

La verdad es —reconoció, tras una corta pausa— que si me he prometido a otras muchachas, sólo ha sido para darte celos a ti, para que te decidieras de una vez a aceptarme... No estaba dispuesto a casarme con ninguna de ellas. Simplemente esperaba que tú cambiaras de parecer, para darles un cheque a cambio del rompimiento...

—¿Esto es cierto, Jack?

—Te lo juro. Sólo que, desgraciadamente, alguien ha eliminado a esas pobres chicas.

—Ha sido horrible.

—Te lo suplico, Maureen, acéptame.

Ella no se vio con fuerzas para rechazarle. Era lo único que ya le quedaba en el mundo, el amor sincero de aquel hombre. Asintió.

—¡Oh, Maureen, qué dichoso me haces! —exclamó él. Pero al acto había de añadir—: Nos casaremos pronto, pero, de momento, nadie ha

de tener conocimiento de nuestro noviazgo... Ya has visto lo que les ha sucedido a mis otras novias... Decir que tú eras la nueva, sería igual a condenarte a muerte... Mientras la policía no encuentre a ese infernal asesino...

—Lo que tú consideres mejor.

En aquel momento llamaron a la puerta.

Era Raquel Jansen, que iba a visitarla y a hacerle un poco de compañía. No deseaba dejarla sola en aquellos momentos tan duros para ella.

—Vamos a hacerle partícipe de un secreto —dijo Jack Presley, pletórico de felicidad—; pero ha de prometernos que no lo dirá a nadie.

—Cuenten con mi discreción —repuso la muchacha.

—Maureen y yo vamos a casarnos. No, no es un noviazgo más por mi parte. Es un sueño que al fin va a hacerse realidad.

—Le felicito, señor Presley. Mi enhorabuena también a usted, Maureen. Me alegro sinceramente por los dos.

A través del gran ventanal orientado hacia la calle principal, desde donde podía verse perfectamente a los que iban y venían, repararon, poco después, en David Dillman que hablaba con una señora flaca, huesuda.

—Es la esposa del farmacéutico —dijo Maureen Curtis—. ¡Pobre Leo Watson, no creo que estuviera muy acertado el día que se casó con ella! En fin, mala mujer tampoco lo es, siempre se preocupa del prójimo, no se cansa de organizar fiestas benéficas...

Y resultó que era precisamente de eso, de una fiesta benéfica que estaba organizando, de lo que en aquellos instantes hablaba con David Dillman.

—No he podido escaparme... —les hizo saber éste, una vez entró en la casa y se reunió con ellos—. No ha habido forma de negarse... Quiere que interprete un par de piezas al violín, en la fiesta que está organizando para el próximo domingo. Tiene asegurados ya varios números, pero el programa lo tenía aún incompleto y...

—Tratándose de una obra benéfica —sonrió Raquel Jansen—, me parece una excelente idea.

—Bueno —David se encogió de hombros, filosóficamente—, me servirá para ensayar.

Últimamente estoy haciendo de todo, menos eso...

—¿Sabe una noticia? —le comunicó Jack Presley—. Maureen y yo vamos a casamos.

Pero no ha de saberlo nadie más que ustedes dos. Decirlo sería condenar a muerte a Maureen... Después de lo que le ha sucedido a mis otras novias, no puedo arriesgarla a ella... Supongo que usted me comprende, señor Dillman. Por lo que cuento con su absoluta

discreción.

—Naturalmente. Mi enhorabuena.

—Mientras la policía no dé con el culpable —dijo Maureen Curtis —, supongo que es lo mejor.

—Claro que sí —dijo David.

—De aquí al domingo —añadió Maureen, dirigiéndose ahora a Raquel— le explicaré la historia de mi vida. Ahora ya no necesito el dinero que me ofrece el director de su periódico, pero quedamos en eso y...

—Puede volverse atrás —repuso Raquel—. Nadie se lo impide. Ni yo voy a reprochárselo.

—No, no es necesario que me vuelva atrás. Bien mirado, nada hay de extraordinario en esa historia. Nada que mi público no llegara a imaginar. Un hombre, un amor, una hija, un desengaño... Pero de todo esto ya sólo me duele esa hija a la que he perdido... Lo demás ya no...

* * *

La fiesta benéfica iba a celebrarse en un claro del bosque. Un lugar que resultaría sumamente agradable y romántico, pues la niebla se estaba alejando ya de la localidad. El domingo, sin duda, haría ya un día espléndido.

Nadie sospechaba que pudiera haber, merodeando por allí, cerca del lago, alrededor de la casa de piedra, un ser como aquél, cuyas huellas Raquel Jansen había sido la primera en ver.

Todos los que sabían de su existencia, habían muerto. A excepción del doctor Zaroff, claro está...

Anne, Margaret, Elisabeth y el hombre de la cicatriz en la mano derecha habían dejado de existir. Ninguno de ellos podía advertir a nadie del terrible peligro que entrañaba celebrar una fiesta precisamente en aquella zona.

Los únicos que lo sabían eran David y la muchacha. Pero ellos iban a callar, a silenciar lo que sabían.

Raquel Jansen hubiera optado por comunicarlo todo a la policía, pero David la había convencido de la necesidad de no decir nada. Sólo así podrían llegar al final de aquella insólita aventura. Una aventura que sólo acabaría bien si eliminaban al gigante, al monstruo, y capturaban al doctor Zaroff. De lo contrario, resultaría incompleta la victoria que pudieran tener.

—Hablas de eliminarle como si nada... —movió la cabeza, con gesto poco convencido—.No lo veo claro, David. Me parece que aquí te estás pasando de listo.

—Por callar lo que sé no ocasionaré mal a nadie, tranquilízate. —Y le advirtió—: Antes del domingo a la tarde, antes de que las buenas

gentes de Hopper-Foile se reúnan en el claro del bosque, yo habré llegado ya al desenlace de todo...

—¿Sí...? ¿Y cómo vas a conseguirlo? Con franqueza, me gustaría saberlo.

—Demasiado largo de explicar.

—Oye, David, que tú me estás ocultando algo y eso no me gusta nada. Menos que nada, si he de serte sincera.

—Bueno, bueno... —le dio unas palmaditas en la espalda—. Ya te lo explicaré más adelante. Ahora me falta tiempo.

—Tiempo, ¿para qué?

—¿Pues para qué va a ser? Para ensayar con el violín. Si tengo que interpretar dos piezas en esa fiesta benéfica...

# CAPITULO XII

Por la mañana, David Dillman estuvo en aquel claro del bosque, confrontando si la instalación de los altavoces y de los micrófonos estaban en perfecto orden.

Por la tarde, le dijo a Raquel que se iba allí a ensayar por última vez. Para intentar que todo aquello, al día siguiente, domingo, saliera lo mejor posible.

Pero la muchacha empezaba a conocerle, y adivinaba que algo encubría David Dillman tras aquel afán por quedar bien como artista. Una pose de circunstancias, ni más ni menos, que no terminaba de encajar en absoluto con su verdadera personalidad.

No obstante, ella tenía confianza en David y quiso dejarle hacer. No era un novato en asuntos peliagudos, así que debía saber cómo maniobraba, cómo llevaba el timón de aquella arriesgada nave.

Había empezado ya a oscurecer, cuando Raquel notó que le dolía la cabeza. Debía ser, posiblemente, de tanto darle vueltas a lo mismo. Salió del hotel y se fue a la farmacia a comprarse unas aspirinas.

Leo Watson, gordo, rubicundo, la recibió con una amplia y cordialísima sonrisa.

—¡Mi enhorabuena, señorita Jansen!

—No comprendo —dijo ella, sorprendida—. ¿Por qué me felicita usted...?

—Por su próxima boda con el señor Jack Presley —le respondió—. Acabo de enterarme. Les deseo una gran felicidad.

—Pero si yo no voy a casarme con el señor Presley... —se había quedado desconcertada, y le estaba costando sobreponerse—. Se trata de un error...

—No, no —siguió sonriendo—. Sé que es cierto. Me viene la noticia de buena fuente.

—¿Pero quién ha podido decirle eso...? —se atragantó un poco, al comprender que aquella «invención» no equivalía precisamente a un premio—. ¡Es mentira!

—De quien me lo ha dicho, no puedo dudarlo... Así que, señorita Jansen, repito, mi enhorabuena.

—Pero, bueno, ¿quién se lo ha dicho?

—Una persona —sonrió Leo Watson, tomándoselo por lo visto a la ligera.

—¿Hombre o mujer? —quiso saber ella.

—Hombre —respondió el farmacéutico.

La muchacha salió del establecimiento diciéndose que iba a necesitar no una, sino dos aspirinas. Aquello que le habían dicho le había dejado un escalofrío metido dentro del cuerpo.

Se dirigió de nuevo al hotel. Se tomaría las aspirinas y se acostaría un poco. No le vendría mal. Pero Michael Andersson la recibió, más cordial que nunca, diciéndole:

—Me ha llenado de satisfacción la noticia, señorita Jansen. Reciba mi más cordial felicitación.

—Felicitación, ¿por qué...? —inquirió ella, estremeciéndose de nuevo—. ¿Qué pasa?

—Va usted a casarse con el señor Presley, el hombre más rico de esta localidad.

—Esto no es cierto. ¡No voy a casarme con él! ¿Quién le ha dicho esta mentira? —se había exaltado.

—Alguien... que sé que me ha dicho la verdad —repuso el dueño del hotel—. No obstante, me hago cargo de su reacción, señorita Jansen. Yo tampoco hubiera divulgado tanto la noticia... Puede resultar peligroso para usted...

—¡Le aseguro que esa noticia no es cierta! ¡En absoluto! Es una pura invención... —Y quiso saber—: ¿Quién se lo ha dicho a usted?

—¡Oh, no quisiera que por mi culpa...! Prefiero no darle su nombre... Discúlpeme usted...

—Dígame al menos, ¿hombre o mujer?

—Hombre —contestó Michael Andersson, cuyo bigote, aquel atardecer, aparecía peor teñido que en otras ocasiones.

La muchacha consideró oportuno ir a casa de Maureen Curtis, para explicar allí lo que estaba sucediendo. Tenía que pedir consejo a alguien. Empezaba a sentirse muy intranquila.

Pero su intranquilidad se convirtió en miedo, cuando al pasar por la escuela, Nancy, la maestra, salió a saludarla, siendo una más en felicitarla.

—Mi enhorabuena, señorita Jansen.

Y después llegaron otras y otras felicitaciones. Por lo visto, la «falsa noticia» la sabía toda la localidad. Quien se había encargado de divulgarla, lo había hecho a conciencia.

¿Qué se habían propuesto?

Sin duda, perderla...

Aquélla era, a todas luces, una sucia faena. Si llegaba la noticia, que ya habría llegado, a oídos del doctor Zaroff...

—Felicidades, señorita Jansen —le deseó el anciano doctor Lorens, que acababa de salir de su casa.

Iría en busca de David Dillman. Sólo a su lado se sentiría segura. Y como sabía donde estaba... Se hallaba en aquel claro del bosque. Donde iba a celebrarse la fiesta.

Pues hacia allí, sin más demora, iba a dirigirse. Sólo cuando estuviera a su lado podría respirar tranquila.

Pero David se había llevado su coche, como es natural, así que le

tocaría alquilar de nuevo la bicicleta. Un modo como otro de llegar pronto, o por lo menos lo antes posible.

Afortunadamente no surgieron por el camino inconvenientes de ninguna clase. En principio al menos..

# CAPITULO XIII

Pudo alquilar la bicicleta y pudo, asimismo, llegar adonde se proponía sin verse detenida por nada ni por nadie. En realidad, lo máximo que podía pedir en aquellos instantes.

David Dillman, que hasta entonces se había limitado a inspeccionar una vez más la instalación y funcionamiento de los micrófonos y altavoces, se sorprendió al verla llegar.

—¿Tú aquí, Raquel?

—Es horrible, verdaderamente horrible lo que me sucede... —su angustia era tanta, que se echó en los brazos de David sin más disimulos—. ¡Por favor, protégeme!

—Pero ¿qué sucede?

La muchacha se lo explicó todo.

—¿Y se te ocurre venir aquí? —la increpó, alzando la voz de pura indignación, o por lo menos dando esa impresión a quien pudiera estar oyéndole—. ¿No te das cuenta de que si el doctor Zaroff quiere matarte, acabas de ponerle en bandeja de plata la oportunidad de hacerlo...?

—Pero aquí estás tú —dijo ella.

—Sí, estoy yo. Pero yo solo, ¿cómo voy a poder defenderte? Aquí no hay nadie más.

Hace un rato ha estado la esposa del farmacéutico, y otros de los organizadores de la fiesta. Han estado también algunos de los artistas que mañana van a intervenir... Pero ahora, en estos momentos, estamos tú y yo solos. Solos con estas hileras de bancos, y estos micrófonos, y estos altavoces... Pero ni unos ni otros van a servirnos de nada si se presenta el enemigo...

—Llevas pistola, ¿no es eso? —preguntó ella.

—Sí, sí... —se había ido excitando, y cada vez gritaba más. A juzgar por las apariencias, le estaba resultando imposible controlarse—. Pero una simple pistola, ¿qué valor puede tener en un caso como el que tememos?

—¿No tienes buena puntería?

—Sí, ¿pero adónde debo apuntar? Un gigante, un monstruo, no es un ser normal...

Unas cuantas balas no pueden ser suficientes...

Como queriendo dar fe y corroborar estas palabras, de pronto, de un modo capaz de congelar la sangre en las venas al más valiente, apareció ante ellos, riéndose a carcajadas, el «invento» del doctor Zaroff.

A Raquel le estremeció, aún más que la primera vez, la contemplación de aquel cráneo pelado y aquel cuerpo cubierto de pelo

espeso y tupido, como el de una bestia salvaje. Le dejó sin saliva en la boca, aquellos ojos pavorosamente desencajados de sus órbitas y aquellos incisivos que asomaban amenazadoramente por entre los labios.

El monstruo se reía. Debía gustarle matar, porque siempre que le encomendaban un trabajo, se reía. Su mente deteriorada no debía dar para más.

Instintivamente, Raquel retrocedió varios pasos. David hizo otro tanto. Ambos fueron a topar contra el estrado que había de hacer de escenario, donde se hallaban los instrumentos musicales. Allí quedaron detenidos.

De súbito, surgió la voz.

—¡Mátales, Zaqui!

Los dos reconocieron la voz. Al instante. Aun así, no quisieron dar crédito a sus oídos hasta haberse girado y constatar con sus propios ojos de quién se trataba.

Bueno, lo cierto es que David Dillman había ya sospechado de ella...

Sí, de ella. De una mujer.

¡De Nancy!

La maestra de la localidad. En esta ocasión con una expresión donde se reflejaba toda la terrible y demencial maldad que anidaba dentro de su ser.

# CAPITULO XIV

Por su parte, el gigante, el monstruo, había avanzado varios metros, achicándoles con su proximidad. Una proximidad realmente aterradora.

—¡Detente, Zaqui! --exclamó Nancy, que a juzgar por su orden quiso solazarse un poco con la victoria.

A pesar de su alta estatura, de su metro ochenta, David Dillman apenas llegaba a las rodillas de aquel ser diabólico. Sencillamente diabólico, como la persona que le había dado vida.

—He oído sus palabras, señor Dillman —habló Nancy a continuación, con voz tranquila, pausada—, y estoy con usted... Con una pistola poca cosa va a poder hacer... Además, apenas inicie su mano un gesto hacia el bolsillo de su americana, o hacia su sobaquera, daré la orden a Zaqui de que le mate. Se llama Zaqui, no sé si lo sabe... Así que, yo de usted, me estaría muy quietecito... Único modo de que podamos dialogar un poco... Si es que a usted le place hacerlo...

—Claro que sí —dijo David.

—Le ha sorprendido mi presencia, ¿verdad? —y ahora era ella la que se reía a carcajadas.

No, no era de extrañar que ella también se riera así, como solía reírse el monstruo. Ella también era, no cabía dudarlo, un verdadero y auténtico monstruo.

—No, no me ha sorprendido demasiado... su presencia —dijo David —. Había ya sospechado de usted. Sabía que el doctor Zaroff vivía en esta localidad, pero que, físicamente, no se parecía en absoluto al doctor Zaroff que disertó en la Universidad del Sur. Así pues, prueba evidente de que iba caracterizado. Ahora bien, partiendo de esta base, ¿por qué no aceptar la posibilidad de que podía estar caracterizado, no ahora, aquí en Hopper-Foile, sino en la Universidad del Sur? Era una hipótesis aceptable, admisible, ¿por qué no...?

—No es usted tonto, señor Dillman.

—Además —prosiguió éste—, si morían todas las novias de Jack Presley, lo lógico de suponer era que las matara otra mujer... Para que así no llegara a casarse quien, evidentemente, la interesada se reservaba para sí... El asesino podía ser un hombre, claro... Un hombre que tuviera una hija casadera y buscara, de esta forma tan original, un marido para ella... Pero el anciano doctor Lorens, tiene ya a sus hijas casadas hace muchos años. Leo Watson, el farmacéutico, la tiene de corta edad... Michael Andersson, el dueño del hotel, es viudo sin hijos... Y éstos eran los sospechosos número uno...

—Bien deducido —intercaló Nancy.

—Lo lógico de suponer, pues, repito, era que las matara otra mujer… Pero, bueno, la verdad es que yo no pensé en eso, es decir en un cambio de sexo, hasta que la señorita Jansen, al referirse al doctor Zaroff, me dijo que «tenía la silueta esbelta». Pero al decirme esto, ¡zas!, la idea me brincó de súbito…

—Si algo tiene usted flojo —reconoció Nancy—, no es precisamente la cabeza.

—Por lo demás —prosiguió David Dillman—, algo me hizo recelar doblemente de usted, y fue cuando le pregunté por el hombre de la cicatriz en la mano derecha, y por su hijo. Usted me dijo que el pequeño, gracias a una recomendación suya, estaba recuperándose lejos de aquí. Que llevaba allí ya más de siete meses… Y sí, relacioné al acto, al niño que todos creían lejos, con el ser monstruoso, gigantesco, que el doctor Zaroff había digamos engendrado… En realidad, nadie había desaparecido aquí en esta localidad, así que forzosamente había que buscar una víctima…

—¡Sí! —gritó Nancy de pronto, interrumpiendo a David Dillman—. ¡Ha tenido razón en todo lo que ha dicho! Al principio me hice pasar por un hombre. Tras conseguir una documentación en regla, perfectamente falsificada, haciéndome pasar por rusa, busqué a la desesperada la oportunidad de demostrar al mundo mi talento. No lo ignoraba, si sabían que yo era una mujer, una mujer doctor, las puertas se me cerrarían de golpe.

Pero ni aun creyéndome un hombre, pude lograr que mis teorías fueran aceptadas.

Incluso me llevaron a una clínica psiquiátrica. Sin embargo, yo, más lista que ellos, apenas me metieron allí, logré huir y refugiarme aquí, en esta localidad. Y no, nadie pudo dar conmigo. Era lógico. Todos buscaban a un hombre y yo había vuelto a ser una mujer…

Una mujer que, con nueva documentación falsa, pudo convertirse en la maestra de Hopper-Foile…

Se interrumpió. Sin que Raquel, ni tampoco David, quisieran ahora decir nada.

Prefirieron que fuera ella la que siguiera hablando.

—Y en efecto, aproveché la circunstancia aludida por usted, señor Dillman, para coger a aquel niño y para empezar mi experimento… Por mi cuenta y riesgo, ya que nadie quería confiar en mí… Conseguí un buen ayudante en aquel hombre, el padre del niño, el hombre de la cicatriz en la mano derecha. Me estaba muy agradecido' por todo lo que creía que yo había hecho por su hijo… Y lo hacía, sí, desde luego, pero en otro sentido…

Le iba inyectando mi droga en la espina dorsal, en la vértebra correspondiente. Y sí, iba viendo como se verificaba la ansiada y rápida transformación… Bueno —reconoció Nancy—, yo hubiera

deseado un ser más normal, más humano, pero se iba desfigurando a pesar mío... Conforme crecía y crecía, su aspecto se asemejaba más al de una bestia... A las pocas semanas, ya nadie hubiera podido reconocer en aquel ser horrible, al niño inocente que yo me quedé para mí... Tanto es así, que ni siquiera su propio padre le reconocía al verle... De todos modos, mi éxito era ya casi completo, absoluto, y yo me sentía llena de alborozo...

Una nueva pausa.

—Pero llevar a cabo mi experimento me había costado mucho dinero, todo el que tenía —prosiguió Nancy—. Instalar el laboratorio, construir la casa de piedra para que Zaqui tuviera un buen albergue... Así que necesitaba más dinero si quería seguir adelante.

Entonces pensé que si me casaba con Jack Presley todo quedaría solucionado para mí.

Pero Jack Presley se fijó en Anne y tuve que eliminarla... Y tuve, después, que sacar su cadáver de la carretera y llevarlo a otro sitio, para que usted, señorita Jansen, creyera que había visto visiones... También me tocó acabar con Margaret —añadióˆ-, y asimismo con Elisabeth... Y ahora le toca a usted, señorita Jansen... Al final —volvía ahora a reírse—, Jack Presley se fijará en mí. Entonces lo tendré sencillísimo, le eliminaré a él y me quedaré yo sola con toda su fortuna.

Pero la explicación no había aún concluido.

—Lo más gracioso de toda esta historia, fue el momento en que Zaqui cogió su coche deportivo, señorita Jansen, y se lo llevó carretera adelante. Luego se lo tiró por el barranco. Pero lo gracioso fue reparar en su expresión, señorita Jansen al ver que el coche se había movido de sitio. Yo estaba por allí cerca y francamente me hizo mucha gracia verla... No tanta gracia me hizo, sinceramente, tener que matar a mi ayudante. Me refiero, claro, al hombre de la cicatriz en la mano derecha. Pero usted, señor Dillman, se estaba entrometiendo demasiado en todo este asunto, y resultaba peligroso que le hiciera hablar.

—Supuse que era por eso —dijo David en esa oportunidad.

—Bueno, tampoco resultó difícil —convino Nancy—. Como no sospechaba de mí, pude sacar el cuchillo y clavárselo a plena comodidad mía... Cuando se dio cuenta de la realidad, ya sólo tuvo energías para caer de rodillas.

Quería decirlo todo.

Y prosiguió:

—Tampoco fue nada agradable tener que matar a Dorothy. ¡Pobre nena, tan bonita!

Pero usted me estorbara, señorita Jansen, apenas la vi en Hopper-Foile la reconocí... Sí, era la misma periodista que me hizo una

interviú en la Universidad del Sur... No quería correr el riesgo, por tanto, de que a su vez pudiera reconocerme... En casa de Maureen

Curtis pude acabar con usted. Con la cuerda alrededor de su cuello no hubiera durado mucho, apreté lo conveniente... Pero intervino una vez más usted, señor Dillman, y me echó el trabajo a rodar... Mi trabajo y el de mi ayudante... Yo tuve que volver rápidamente a la fiesta, para que nadie notara mi ausencia... Pero Dorothy nos había visto y... lo que le decía, no fue nada agradable tener que sacarla de en medio.

Otra interrupción.

—Lo que empecé creyendo que iba a resultar relativa—ente sencillo —siguió diciendo—, poco a poco se ha ido complicando. Lo lamento de veras, principalmente por ustedes dos... Por usted, señorita Jansen y por usted, señor Dillman. Van a morir ahora mismo. Zaqui se va a encargar de ello.

Hasta aquel momento, Zaqui había permanecido inmóvil, esperando la orden de actuar. En su cerebro, por lo visto, no cabía más idea que aquella que le inculcara su dueña.

Desde luego, era aquél un ser monstruoso, gigantesco, lleno de terrible fuerza. No podía resultar un enemigo más peligroso. Había que darse cuenta.

Aun así, David no estaba todo lo preocupado que debiera. Pero Raquel se sentía muerta de miedo.

—Ha sido listo deduciendo, señor Dillman —dijo Nancy—, pero insensato, absurdamente insensato, ofreciéndome esta inmejorable oportunidad. Aunque en realidad me la ha ofrecido más la señorita Jansen que usted... —Y quiso zanjar—: ¡Mátales, Zaqui! ¡Ahora mismo!

Zaqui soltó una carcajada. Aquélla era la orden que esperaba. Era aquél el juego que más le gustaba. Avanzó hacia la pareja.

Pero David Dillman, fingiendo que del susto sufría un traspiés y caía al suelo, lo hizo sobre el estuche de su violín. Que abrió en un gesto veloz, rapidísimo. Y sacó de allí...

No el violín. Allí no había ningún violín.

Sacó una metralleta, de la que colgaba una larga carga de municiones. Y apretando el gatillo, descargó una interminable ráfaga de disparos sobre el monstruo, que ya se abalanzaba hacia ellos.

Una terrible e implacable ráfaga, que sólo le hizo tambalearse. Pero llegó la segunda descarga, y la tercera, segando materialmente aquel cuerpo en todas direcciones, agujereándole como un auténtico colador, y finalmente el cuerpo gigantesco, monstruoso, se derrumbó.

Quedó allí en tierra, inmóvil, sin vida. Más desencajados que nunca sus ojos, más salientes que nunca sus ya «no» amenazadores incisivos.

Nancy lanzó un grito.

Un grito que se ahogó en su garganta, cuando se dio cuenta de que, por todos los lados de aquel claro del bosque, surgían policías.

—Les he dado yo la verdadera pista... —dijo David, que ya se había puesto en pie y alargaba los brazos hacia Raquel, para llegar a tiempo de cogerla antes de que se desvaneciera.

# CAPITULO XV

Nancy fue detenida. No opuso resistencia. Sin duda por considerar que de poco le hubiera servido hacerlo.

Pero su cordura, si es que alguna le quedaba, se acabó instantes después... Entonces se puso a gemir, a llorar, a dar verdaderos alaridos. No quedó otro remedio, finalmente que ponerle la camisa de fuerza.

—Lo que no comprendo —dijo la muchacha a David— es que estuvieras tan bien preparado...

—¿Te refieres a la metralleta? Bueno, la verdad es que me la traje al chalet porque había un par de tipos que habían jurado quitarme de en medio y pensé que debía tomar mis precauciones mientras ensayaba con el violín... Afortunadamente, esos dos tipos han sido detenidos ya por la policía. Me enteré por el periódico de ayer. Les condenarán a treinta años, así que ya no tengo que preocuparme...

—De todos modos —insistió Raquel—, estabas muy preparado aquí... Parece como si supieras que yo iba a venir y que tras de mí iba a venir el doctor Zaroff, y con él su gigante, su monstruo...

—Pues con sinceridad, sí lo sabía —sonrió David Dillman.

—No lo entiendo.

—Verás... —pero vaciló un poco.

—Anda, termina —le apremió.

—El hombre que ha ido diciendo a unos y otros que ibas a casarte con Jack Presley, he sido yo... Sí, he sido yo quien ha ido diciendo que entre tú y yo todo había concluido y que tú ibas a casarte con el hombre más rico de la localidad... Sabía que, así que tú te enteraras de la noticia, te sentirías asustada, perdida, acorralada, y vendrías a buscar mi protección... Y como yo estaba aquí, en el claro del bosque, hacia este lugar vendrías... Y sabía también que el doctor Zaroff, la inefable maestra de Hopper-Foile, vendría siguiéndote los pasos... Para eliminarte... ¿Acaso no eliminaba a todas las novias de Jack

Presley? ¡Además, la ocasión le parecería tan inmejorable...! Sí, era la única manera de cazarla de una vez...

—Pero ¿has sido tú... tú... —se indignó Raquel— quien me ha hecho pasar el mayor susto de mi vida...? ¡Si es para matarte! Para...

Optó por no matarle.

Prefirió corresponder al beso que David Dillman le estaba dando.

FIN